

-Ponencia marco-

CANARIAS Y EL “CÍRCULO DE LAS HESPÉRIDES”*

Noé Villaverde Vega

Doctor en Arqueología Clásica y Medieval, UA Madrid

Docteur en Littératures et civilisations antiques, U. Lyon 3 (Francia)

Mención de Doctor Europeo Académico correspondiente R.A.H.

** Dedicado en cordial homenaje personal al Dr. Yann Le Bohec, por faltar a la cita que le brindaron sus colegas, colaboradores y antiguos alumnos, entre los cuales me incluyo, en un reciente Hommage. También al malogrado y entrañable amigo el Dr. Fernando López Pardo con quien compartí esfuerzos, inquietudes, fatigas y desengaños en proyectos de investigación arqueológica codirigidos en Marruecos, Ceuta y Melilla entre 1987 y 2003, que fueron siempre compensados con el valor de su amistad. A ambos les adeudo un impagable ejemplo de rigor y compromiso investigador con la arqueología y la historia del norte de África durante la antigüedad. Al maestro y al amigo, con todo mi afecto.*

Resumen: los resultados de la aplicación de métodos de datación científica en hallazgos arqueológicos de las Islas Canarias parecen indicar que el poblamiento insular se habría originado de forma paralela al proceso de exploración y dinamización económica de la zona llevada a cabo por los navegantes mediterráneos durante la Antigüedad.

Esos datos cobran fuerza tras la identificación de vajillas romanas y fragmentos de ánforas de la antigüedad en la Isla de Lobos (Fuerteventura) y El Bebedero, Buenavista e Isla de la Graciosa (Lanzarote), lo cual, unido a otros hallazgos del archipiélago, permite plantear un estadio de contactos y acaso intentos de colonización de Canarias por agentes del denominado “Círculo del Estrecho”. En ese sentido se realiza un balance documental, destinado a desvelar relaciones económicas y dinámica poblacional del archipiélago relacionado con el mundo mediterráneo.

La evidencia canaria cierra y reformula un espacio económico y socio-cultural cuya trascendencia, con mayor o menor grado, debe situarse entre el sur de la Península Ibérica, costa atlántica africana e Islas Canarias. Su auténtica dimensión estratégica permite ampliar la definición historiográfica “Círculo del Estrecho”, como [Círculo de] Las Hespérides, término acuñado por los protagonistas de la hazaña colonizadora.

Palabras clave: poblamiento; economía; Islas Canarias; Hespérides; fenicios de Occidente; bereberes; cartagineses; romanos; arqueología; cerámicas a torno romanas; púrpura.

***Abstract:** the recent dating methods in archaeological finds from the Canary Islands, suggest that the island settlements would have originated in parallel with the process of exploration and economic revitalization of the area conducted by the Mediterranean sailors in antiquity.

This evidence becomes stronger after the identification of the old roman ware ceramics and allows us to rethink the process of contact and colonization of the Canary Islands, carried out by agents of the so-called “Círculo del Estrecho”. In that sense it has made a documented balance of economic and population dyna-

mics generated by the exploitation of its resources throughout antiquity.

The Canary evidence redefines a physical space, undoubtedly economic and cultural, set between the South of the Iberian Peninsula, Atlantic coast of Africa and the Canary Islands. Evidence today shows us an area whose colonization and economic exploitation interested the historiographical institutions who were known as “Círculo del Estrecho”, whose true strategic dimension can be defined as in ancient times as the Hesperides.

Key words: settlement; economy; Canary Islands; Hesperides; Western phoenicians; carthaginians; berberians; romans; archaeology; wheel-made roman pottery; purple.

**La traducción inglesa la debo a la Sra. D.^a Gloria de Grado Abejón*

1. ESBOZO¹ DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE EL PRIMITIVO POBLAMIENTO CANARIO

Las investigaciones en torno al primitivo poblamiento del archipiélago canario, desde las últimas décadas del siglo XX, se han dividido en dos corrientes historiográficas que no son desde luego afines, sino más bien encontradas:

De un lado, remontando siglo y medio, se aboga por el origen prehistórico del medio “aborigen” relacionado con grupos norteafricanos de cultura neolítica que poblarían las islas en sucesivas oleadas. Estos pobladores primitivos habrían persistido aislados hasta la conquista europea entre los siglos XIV y XV de C. que habría forzado su integración en la modernidad².

¹ Quiero agradecer al Dr. D. R. González Antón; Dra. D.^a M.^a C. del Arco Aguilar, catedrática del Dto. de Prehist., Antropología e H.^a Antigua de la U. de La Laguna y técnicas del Organismo Autónomo de Museos y Centros del Cabildo de Tenerife, Sras. D.^a M.^a del Arco Aguilar; D.^a C. Benito Mateo y D.^a M.^a C. Rosario Adrián, la confianza otorgada para el estudio de cerámicas en Rosita del Vicario (Fuerteventura) y parte de la bibliografía de este trabajo. Igualmente quiero agradecer al Dr. R. González Antón; Dra. M.^a C. del Arco; Dr. P. Atoche Peña; Dr. A. Mederos Martín; y Sra. D.^a M.^a Á. Ramírez Rodríguez sus opiniones sobre el primitivo poblamiento canario, artículos, fotos y visitas a yacimientos que han enriquecido mi visión de la antigüedad en estos lares. A la Sra. D.^a C. Benito agradezco su ayuda para la elaboración de mapas y previa lectura del texto definitivo con indicaciones de interés para mejorarlo.

² El aislamiento insular a comienzos del siglo XV, no parece probado si se valora la escasa incidencia de enfermedades europeas. Sólo la “modorra” afecta a la población aborigen facilitando la conquista. Cfr. P. Atoche Peña (2003: 185). M. Moliner (1998: 369), describe la voz “modorra” como “somnolencia pesada o adormecimiento causado a veces por enfermedad”, síntomas que pueden relacionarse con la gripe, cuya

En tal sentido, proponen intentos de colonización del archipiélago durante la prehistoria. Los más recientes, con dataciones geoarqueológicas y cronométricas en Guatiza II (Lanzarote), son restos de ovicaprinos que deducen una supuesta actividad antrópica entre el X al V milenio a. de C. (L. Zöller et alii, 2003). También del yacimiento Barranco de la Monja en Fuerteventura, procede un depósito paleontológico de un aporte fluvial intercalado con sedimentos marinos de lapas fosilizadas (*patellas*), que se asocia con un fragmento óseo de ovicaprino datado a fines del III – comienzos del II milenio a. de C. (J. Onrubia Pintado et alii, 1977: 368-369).

La introducción de ovicaprinos se atribuye a una actividad antrópica en la prehistoria, pero no se conocen datos coetáneos de presencia humana en Fuerteventura³, ni resto del archipiélago. De hecho la corriente tradicional ha asumido que el horizonte cultural de los aborígenes canarios difícilmente puede remontar antes del 500 a. de C. (M. Pellicer Catalán, 1971-72; 1975; 1986).

A pesar de la evidencia cronológica, el discurrir de navegantes de la antigüedad en aguas isleñas ha sido considerado irrelevante para el poblamiento canario. En tal sentido, C. Martín de Guzmán (1985-86: 29) denunciaba la ausencia de restos arqueológicos “aunque fueran mínimos” de coloniales que hubieran llevado a cabo exploraciones y asentamientos en las Islas Canarias.

No obstante, la genealogía neolítica que se pretendía para el poblamiento de Canarias habría provocado indirectamente la discriminación sistemática de materiales y contextos arqueológicos discordantes con el modelo prehistórico, y por ello obviados al suponerse posteriores a la conquista castellana del siglo XV.

Tras el hallazgo de la “piedra zanata”, escultura pisciforme con dos ideogramas que incluyen signos del alfabeto líbico-bereber (R. Muñoz Jiménez, 1994), se idearon nuevas propuestas sobre el primigenio poblamiento canario que proponían su relación con influjos fenopúnicos en Canarias (R. González Antón et alii, 1995; íd. 1998).

virulencia grave, teniendo en cuenta la mutación de virus que la provoca, justifica un aislamiento puntual de la población insular durante el periodo medieval, pues resulta extraño que otras muchas enfermedades y agentes patógenos europeos no hayan afectado a la población pre-castellana de las islas, como sucedió por ejemplo a los indígenas amerindios tras el descubrimiento de América.

³J. Onrubia Pintado et alii (1997: 365) afirman que los datos de la Cueva de Villaverde (La Oliva, Fuerteventura), “han permitido situar la presencia de grupos humanos en Fuerteventura en la primera mitad del primer milenio de la era” citando “Hernández Hernández y Sánchez Velázquez, 1990”, sin embargo la secuencia cronológica del yacimiento oscila entre 140 y 1155 de C. según esa publicación.

De otro lado, tras evidenciarse cierta repartición de pecios de la antigüedad en el litoral canario, paralelamente fueron detectados los primeros hallazgos de cerámicas romanas en tierra firme, fragmentos anfóricos en el yacimiento arqueológico de El Bebedero (Lanzarote) (P. Atoche Peña et alii, 1995).

Ese último hallazgo evidenciaba que la investigación arqueológica insular había prescindido durante siglo y medio de las cerámicas a torno, fósiles directores básicos que hubieran podido desvelar la mayor o menor entidad del mundo antiguo en la zona (Cfr. R. González Antón et alii, 1998: 44-46).

Aún así, cualquier testimonio relacionado con la antigüedad mediterránea en las Islas Canarias se seguirá obviando mientras no se maticen los presupuestos ideológicos que pretenden una “cultura aborigen” desde la perspectiva aislacionista (R. González Antón; M^a. C. del Arco Aguilar, 2007: 161, notas 285 y 286).

Estas evidencias reafirman la nueva corriente historiográfica que, partiendo de la hipotética vinculación de las islas con procesos de actuación colonial fenopúnicos y romanos, ha detectado indicios objetivos (P. Atoche Peña; J. Martín Culebras, 1996; P. Atoche Peña, 2002; R. González Antón; M^a. C. del Arco Aguilar, 2007).

La cronología insular, en sintonía con la antigüedad mediterránea⁴, ha sido determinada con datas radiocarbónicas o termoluminiscentes calibradas entre distintos yacimientos arqueológicos que evidencian varias fases incógnitas del poblamiento local inscritas entre fines del segundo milenio a de C. y siglo VII de C. (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 43-45)⁵.

Alternativamente, algunas tradiciones legendarias remontando al siglo XV, han inspirado una serie de hipótesis que suponen la repartición de gentes bereberes en cada isla deportadas por el Estado romano (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2000: 199-225; J. Farrujia de la Rosa, 2004; A. Tejera Gaspar, 2006: 81-105) aunque tales destierros quieran justificarse en un contexto de aislamiento secular⁶.

⁴ Dataciones absolutas antiguas de Canarias cfr. R. González Antón; M^a. C. del Arco Aguilar, 2007: 36.

⁵ Aunque este trabajo resulta imprescindible para abordar la problemática cronológica de Canarias, no parece acertada la seriación de dataciones medias que propone. La limitación implícita de las secuencias cronológicas a la media puede deducir el auge del poblamiento en época púnica, cuando en realidad la amplitud de la secuencia en cada yacimiento no puede ser objetivamente restringida.

⁶ Compendio de hipótesis de varios autores y propias en A. Tejera Gaspar (2006: 82),

Un argumento que pone en cuestión el pretendido exclusivo origen norteafricano del poblamiento aborigen de Canarias procede de la lengua o lenguas habladas en las islas antes de la conquista castellana, pues el análisis morfológico y sintáctico plantea serias divergencias respecto al tronco lingüístico tamazight⁷ (L. Galand, 1990: 87-93).

En resumen, no pueden ni deben negarse paralelos o influjos compartidos con el ámbito lingüístico norteafricano, pero las correspondencias con el bereber son escasas en cuestiones fundamentales, caso de pronombres y formas verbales, donde no es posible reconocer la sintonía con el horizonte berberófono (L. Galand, 2001: 13-14).

Deberemos admitir además que las inscripciones isleñas denominadas “líbico–bereberes” sufren un *impasse* interpretativo, pues sin negar que sus signos puedan relacionarse con inscripciones norteafricanas, hasta la fecha no ha sido posible su interpretación o asimilación con los alfabetos continentales (R. A. Springer Bunk, 2001). Además existen inscripciones denominadas “líbico–canarias” o según otros “líbico–púnicas”, con signos alfabéticos de tipo púnico y otros de tipo latino, que proceden mayoritariamente de las islas orientales y que quizás deducen un panorama poblacional más heterogéneo y diversificado.

Por último, debe añadirse que el dossier relativo al poblamiento quizás es incipiente, pues la aplicación de métodos de datación científica es costosa y por tanto limitada, además, la detección de yacimientos relacionados con el panorama más arcaico está determinado por la alteración del relieve de las islas, por la actividad volcánica, erosión eólica e hídrica, deforestación antrópica y trabajos agrícolas de notable importancia en el paisaje⁸.

que no niega sus reservas por ser “arriesgadas y polémicas”. De ese modo los nombres de cada isla estarían en relación con varias tribus norteafricanas de la antigüedad. En mi opinión, la posible deportación de poblaciones norteafricanas no justifica una mimética traslación étnica y política del horizonte tribal conflictivo, que resultaría anacrónica dentro de la dinámica, sustancialmente económica del mundo antiguo.

⁷Transcripción adoptada por la investigación francesa, próxima a la propuesta de distintos filólogos españoles precursores en el estudio de esa lengua, entre otros “zamazigt”, “zamaçigz”, “tamasek”, “tamarçirt”. Recientemente, M. Tilmatine (2007: 93), propone la transcripción española “tamazit” y destaca el anacronismo de utilizar un término francés en castellano. No obstante, tal propuesta debe afianzarse en el conjunto de la investigación lingüística española ofreciendo igualmente solución al plural “imazighen”, pues sin ser filólogo versado en esa lengua sería audaz añadir de *motu* propio “imaziten”.

⁸Los terrenos volcánicos de las islas son muy fértiles por su gran riqueza mineral, pero las erupciones en repetidas ocasiones cubrieron con espesas capas de cenizas amplias

Un ejemplo de esa limitación de datos pudiera ser la baja cronología del poblamiento local en Fuerteventura, la isla más próxima al continente africano, siendo la referencia más temprana en Butihondo (Jandía), una secuencia estimada GrA-26873: 1830 ± 40 BP = 120 ± 40 d.C. (133-229 d.C.) (M^a. C. del Arco Aguilar et alii, 2006: 36). Por tanto, es posible que puedan localizarse yacimientos con dataciones arcaicas, aunque la presencia humana, según todos los indicios, no remonta el I milenio a. de C.

En conclusión, para analizar los datos e hipótesis relativos al poblamiento canario (cfr. F. López Pardo; A. Mederos Martín, 2008: 333-340), debe superarse un estadio de conocimientos incipiente y lastrado por posturas historiográficas encontradas entre quienes son partidarios de situar los orígenes del poblamiento en la “prehistoria canaria” o en el mundo bereber, y de otros que abogan por la trascendencia colonial de la “protohistoria canaria” con aportes poblacionales diversificados y complejos y, a tenor de los datos objetivos crecientes, no cabe duda que esto último parece consecuente.

2. DINÁMICA COLONIAL DE LA ANTIGÜEDAD EN LOS CONFINES OCCIDENTALES

Antes de abordar los datos relativos a la exploración, instalación o explotación económica de Canarias durante la antigüedad, podemos establecer las premisas que caracterizan la implantación colonial fenicia y romana en el área del Estrecho para evidenciar, con cierta perspectiva, las analogías de ambos procesos que pudieran inferirse en el devenir protohistórico de las islas.

Hoy se admite que la dinámica colonial de la antigüedad no era unidireccional, sino que más bien actuaba en doble sentido, en cuanto que estructuraba el devenir de los implicados –recién llegados y nativos– en torno a una serie de valores compartidos. La incidencia de la estructura colonial resultaba de la adopción o identificación, con un sistema de circulación de personas, ideas y artefactos, capaces de originar procesos sociales, económicos y culturales innovadores (C. Gosden, 2004: 37).

Para algunos investigadores de la antigüedad, los primeros asentamientos fenicios del Mediterráneo no pueden ser considerados coloniales por falta de control directo, efectivo y suficiente desde la metrópoli, pero nadie negará que dichos enclaves responden a un modelo político, económico y

zonas del país hasta momentos muy recientes. Sobre esas circunstancias y los efectos de la deforestación antrópica y eólica, cfr. P. Atoche Peña, (2003: 184; 2010: 3); A. Santana Santana (2003: 66-67).

cultural ajeno a los pueblos indígenas que apenas conocían otras formas de organización política o social que no fueran entidades tribales o, a lo sumo, sociedades aristocráticas.

Por ello, los primitivos establecimientos fenicios del Estrecho de Gibraltar fueron con propiedad enclaves coloniales⁹, centros urbanos estables destinados a dinamizar la explotación económica del entorno, y dispuestos a imponer criterios políticos y socio-culturales que transformaron la identidad de los pueblos indígenas íberos y mauritanos, insertos en un proceso cultural “orientalizante” y luego “helenístico”, mientras los coloniales asumían parte de la idiosincrasia local, que facilitaba su actuación.

Dentro de los parámetros coloniales de la antigüedad se definía un proceso civilizador universal, fluido, heterogéneo y políglota. Bajo esa cobertura circulaban identidades locales que cobraron ascendencia sobre vínculos comunes, o se hibridaban con los influjos foráneos una vez reinterpretados por el medio indígena que, a veces, podía asumirlos también en sentido negativo (C. González Wagner, 2001: 49-50)¹⁰. Esos sesgos regionales determinaron la segmentación del espacio colonial mediterráneo en regiones socio-culturales, a veces inmersas en procesos de integración política.

El primer elemento crucial derivado del colonialismo en Occidente es el reforzamiento del poder de la élite indígena, que adquiere medios y recursos culturales originados en un centro de referencia simbólico. Ello permitía a los estratos más poderosos auto diferenciarse del grueso de la población local, creando oligarquías y aristocracias indígenas. De ese modo élite y explotados no resultaban necesariamente compartimentados entre foráneos y locales. Los dinastas ibéricos y los mauritanos y sus familias, ajenos a los parámetros de diferenciación racial y cultural del mundo moderno, eran el resultado de un proceso colonial integrador.

Un segundo elemento de la dinámica colonial en Occidente implica una tesitura económica expansiva, determinada por la centralidad del Mediterráneo como núcleo de un mercado con vocación global. Ese ámbito mercantil estaba rodeado de periferias o “terrenos neutrales”, configurados por desiertos meridionales, estepas septentrionales e islas de los confines

⁹ Toda valoración del proceso colonial atestiguado en el área del Estrecho durante la antigüedad debe ser matizado respecto a cualquier significado de época moderna o contemporánea. La dinámica “colonial” en estas localidades debe ser asumida como resultado de un fenómeno socio-cultural de amplio alcance que afectó al mundo mediterráneo y cuyo impacto se patentiza desde un punto de vista arqueológico.

¹⁰ Alternativa divergente sería la contra-aculturación, cuando la percepción colonial era negativa.

oceánicos como el archipiélago canario. En esos espacios tanto el colonizador como el colonizado aspiraban al control y a establecer relaciones recíprocas para salvaguardar sus intereses, por tanto, en la mayor parte de los casos esas relaciones no implicaban conflictos sino, más bien, colaboración y beneficios mutuos.

Los territorios periféricos podían proporcionar materias primas y manufacturas exóticas, cuyo valor se multiplicaba en el seno del mercado globalizador, cuya clientela la componía una sociedad cosmopolita. Por ello su exploración era inevitable dentro de la dinámica colonial, aunque el impacto fuera gradual o limitado a una frecuentación ocasional, sin duda proporcional a la dificultad de la empresa y a su rentabilidad.

Cabe pues suponer una rarificación de testimonios arqueológicos, conforme más alejados estuvieran dichos espacios periféricos respecto del centro nuclear del mercado. En el caso del archipiélago canario los datos arqueológicos del mundo antiguo resultan apenas perceptibles con los parámetros habituales, pero por ello resultan no menos, sino acaso más significativos. En esencia confirman los influjos diversificados y fases de la intervención foránea, cuya interpretación singularizada debe valorarse para determinar la configuración del mundo “aborigen” de cada una de las Islas Canarias.

El progresivo desarrollo y proyección de las actividades económicas tiene implicaciones socio-culturales para los ámbitos colonizados, pero no podemos olvidar que el objetivo fundamental de la expansión no era la difusión civilizadora, sino más bien el beneficio crematístico de la metrópoli que capitalizaba los recursos obtenidos.

Las premisas del proceso colonial explican la idiosincrasia singular de los centros fenicios de Occidente respecto a las metrópolis de Tiro o Sidón, u otras colonias de igual origen cananeo, como Cartago, e incluso podemos suponer su rivalidad para detentar o alcanzar determinados objetivos económicos.

Entre los precedentes de la integración regional impulsada por el medio colonial, pudiéramos situar varias etapas del horizonte cultural prehistórico evidenciado sobre la orilla sur del Estrecho. Remontando al V milenio a. de C. es posible evidenciar fases neolíticas caracterizadas por cerámicas cardiales, más adelante, en torno al III milenio a. de C., se localizan vasos campaniformes, monumentos megalíticos y bronce atlántico que según M. Tarradell Mateu indican la dirección norte-sur de los contactos entre ambas orillas del Estrecho (N. Villaverde Vega, 2001:40-43, nota 16).

Esas etapas culturales compartidas que, en gran medida, suponen

contactos reiterados durante milenios que deben traducir cierta vertiente económica, debieron mostrar la senda ultramarina del periodo colonial y afianzar una conciencia regional particularizada del medio foráneo allí arraigado que en gran medida define la formulación “Círculo del Estrecho”, sin que ello contradiga la idiosincrasia local que pudiera percibirse en los centros respectivos de cada orilla continental¹¹.

3. GÉNESIS DE LAS HESPÉRIDES: LA VOCACIÓN ATLÁNTICA DEL MEDIO FENICIO

La estructura colonial y dinámica civilizadora de Occidente se advertirá tras la remota consagración fenicia de un templo de Melqart en ambas orillas del Estrecho¹².

Según Veleyo Patérculo (*Historia Romana*, I, 2, 3) la fundación fenicia de Gadir (Cádiz) remontaría al año 1101 a. de C.¹³, desvelando un panorama colonial que completa Plinio el Viejo (*H. N.*, XIX, 63) cuando precisa que el templo de Melqart en Lixus (Colina Chumis, junto a Larache, Marruecos) era aún más antiguo que el de Gadir, aunque tal afirmación debe matizarse.

Ambas localidades, emblemáticas del panorama religioso fenicio de Occidente, situadas frente por frente, surgieron para capitalizar las empresas comerciales regionales del Estrecho de Gibraltar: Gadir en la orilla ibérica junto a la desembocadura del río Tartessos (Gualdalquivir) y Lixus, en la costa atlántica norteafricana (fig. 1).

A pesar de la vinculación religiosa en torno al santuario o santuarios de Melqart, resulta evidente la preeminencia del templo de Gadir sobre el de Lixus, si se valora el testimonio unánime de fuentes literarias y datos arqueológicos que abundan en indicios gadiritas (F. López Pardo, 1992:

¹¹ Sobre la percepción compartimentada del área del Estrecho entre dos espacios indígenas de origen íbero y mauritano, cfr. Estrabón (*Geogr.* XVII, 3, 2).

¹² La traducción literal del dios fenicio “Melqart” es “rey de la ciudad” sin duda haciendo alusión al rey de Tiro, en origen cabeza visible de la empresa colonial en Occidente, donde como veremos sería representado, desde un punto de vista simbólico, por el templo de Gadir.

¹³ Afirma patentemente Veleyo Patérculo que los tirios fundaron Gadir, en el extremo de Hispania y término del mundo, 80 años después de la caída de Troya. Por eso puede deducirse con precisión la fundación de la ciudad y su templo de Melqart. Datación que aún no ha podido ser contrastada desde un punto de vista arqueológico, pero que a tenor de la continua remontada de cronologías que están provocando las excavaciones en el sur peninsular y los nuevos métodos de datación científicos aplicados a la arqueología, no estará lejos de ser confirmada.

85-96). El templo de Gadir era en última instancia el centro director de las exploraciones ultramarinas, actividades mercantiles derivadas y expansión o influjo colonial en esos espacios periféricos, asumiendo un protagonismo real y simbólico (E. Ferrer Albelda, 2004: 41-45)¹⁴.

Sin embargo, para conciliar la información de Plinio, es posible valorar los procesos de hibridación entre coloniales e indígenas en torno a objetivos comunes y por ello, puesto que el templo lixita se emplazó sobre una colina que domina un paisaje singular en el extremo confín de Occidente, podemos destacar que entre el medio indígena mauritano las cimas montañosas eran consideradas espacios sagrados inmemoriales y deidades en sí mismas (N. Villaverde Vega, 2001: 53; 2005: 118).

En ese sentido es probable que los indígenas venerasen en la colina de Lixus, como en otras montañas del país, una deidad astral masculina asociada al solsticio de verano y al océano¹⁵, a la naturaleza y al ciclo vital, lo cual explica que el enclave fuera sincretizado con Melqart-Smesh (Hércules Solar), pues esa asimilación propiciaba y reforzaba los intercambios y las empresas económicas fomentadas entre fenicios e indígenas del entorno (fig. 2) (N. Villaverde Vega, 2005: 117-119).

La estructura colonial de los fenicios de Occidente se concreta en el “Círculo del Estrecho”, figura historiográfica definida por M. Tarradell Mateu (1960) para inscribir el perfil arqueológico compartido que percibió entre ambas orillas¹⁶, cuya implantación, entre los siglos VIII y VI a. de C., se evidencia desmesurada tanto si se rastrea por la orilla europea como por la africana (F. López Pardo; A. Mederos Martín, 2008: 54-56).

Por el este peninsular es segura la inclusión de la región de Murcia, pues Mastia Tarseion, (el solar de Cartagena) como su nombre indica, era un enclave tartésico. La isla de Ibiza, frente al levante peninsular, también parece colonizada en el siglo VII a. de C. por gentes del Estrecho (B. Costa Ribas, 2004: 172-173), sin duda para facilitar las relaciones comerciales gadiritas con el Golfo de León, Etruria y Golfo de Nápoles.

Igualmente, toda la costa del sur peninsular hasta la bahía de Algeciras

¹⁴ No compartimos la matización del autor sobre los aspectos “no positivos” de la presencia fenicia en el medio indígena, como el comercio de esclavos, pues esa actividad necesariamente planificada no podría haberse llevado a cabo sin la connivencia local. Durante la Protohistoria y la Antigüedad, el ser humano podía llegar a ser considerado materia prima y el esclavismo constituía una saneada fuente de recursos.

¹⁵ Quien haya contemplado una puesta de sol desde esa colina, que domina la desembocadura del río Lucus y el océano Atlántico, podrá entenderlo sin dificultad.

¹⁶ Particularidades de la estructura urbana y edilicia de sus ciudades o de sus complejos industriales, tipos y alcance de la circulación monetaria, o de cerámicas.

y desde allí la costa atlántica vecina de Gadir fue íntegramente colonizada, evidenciándose importantes penetraciones por el río Guadalquivir hasta Sevilla.

También existirían enclaves en el resto de la costa atlántica ibérica hasta Galicia, cuyos sectores costeros debieron servir de base para las expediciones tartésico-fenicias en busca de estaño hasta las Islas Cassiterides (Gran Bretaña e Irlanda) (A. García Bellido, 1953: 203, 209-213; A. Mederos Martín; L. A. Ruiz Cabrero, 2004/2005).

La orilla africana mediterránea implicada en el “Círculo del Estrecho”, entre los siglos VIII y VI, se extendía desde el Oranesado (Argelia) al este, hasta la embocadura del Estrecho al oeste. Con factorías permanentes o estacionales en Rusaddir (Melilla), Sidi Dris, Emsa, Sidi Abselam del Behar (Tetuán), Ceuta y Alcázar-Seguer, seguramente entre otros micro-enclaves, pues todo ese sector costero es abrupto y está compartimentado en pequeños valles que dificultan, aunque no impiden, ciertos contactos con la montaña rifeña.

Sin embargo, los más antiguos asentamientos fenicios estables en la Mauritania occidental, remontando al siglo VIII, se centraron en la costa atlántica y riberas de los grandes valles fluviales septentrionales. El mejor caso es la localidad emblemática de Lixus que ya hemos mencionado en la desembocadura del Lucus, pero también otras por descubrir como Sala, en la desembocadura del río Bu Regreg.

Desde allí hasta los confines meridionales junto al desierto, podemos suponer lugares frecuentados como el Islote de Mogador (Esauira), donde se emplazó una factoría estacional, visitada de forma intensa y reiterada entre el siglo VII y mediados del VI a. de C. o poco antes, según una reciente revisión de materiales (F. López Pardo ; M. Habibi, 1998: 57) (fig.3). Otros lugares idóneos para enclaves marítimos fueron la desembocadura del río Um er Erbia (Azemur), Safi, cerca de la desembocadura del río Tensift y Agadir, más al sur, junto a la embocadura del río Sus¹⁷.

No obstante, teniendo en cuenta que los conflictos puntuales con los indígenas eran impredecibles dentro de la dinámica colonial y que sin duda

¹⁷ El cabo Rhir pudiera relacionarse con la vecindad de Rhysaddir en el solar de Agadir. No obstante, el nombre actual de Agadir en bereber “Ugadir”, resulta idéntico al fenicio Gadir, “fortaleza”. La medina de Agadir junto a la playa, destruida durante el terremoto de 1960, convertida en cementerio por respeto a los habitantes sepultados, es un lugar idóneo para un enclave con fondeadero. Safi también posee una ensenada portuaria idónea como escala de la navegación. Sus entornos son susceptibles de explotación agrícola. La desembocadura del río Sus confiere acceso al interior continental.

debieron producirse ocasionalmente, el único puesto de ese sector costero que se advierte defendido de forma natural sería el islote de Mogador, lo cual quizás explica la intensidad de su frecuentación sobre cualquier otro centro portuario en esa costa.

Una noticia que menciona la circunnavegación de África llevada a cabo por los fenicios en el siglo VII a. de C., con el patrocinio del faraón egipcio Neco II (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 59-61), resulta coetánea de los restos arqueológicos conocidos hasta la fecha, en Mogador.

Sin embargo, puede estimarse que las navegaciones mediterráneas habían propiciado, desde muchos siglos antes, el conocimiento de esas latitudes. Estrabón, (*Geogr.* I, 3, 2), afirmaba que los fenicios habían explorado las costas africanas hasta las proximidad de Kerné/Mogador¹⁸ “poco después de la guerra troyana” es decir en el siglo XI a. de C. e incluso deja entrever que esa ruta habría sido descubierta por los micénicos (*Geogr.* I, 2, 31), que pudieron transmitir su información a Oriente.

Por tanto, sin descartar navegaciones de reconocimiento remontando a la mitad del II milenio a. de C. no extraña que los fenicios y gentes bajo su influjo socio-cultural, con navegaciones programadas o incluso con medios precarios, accedieran a las Canarias desde la costa africana, Península Ibérica o desde el mismo Gadir.

Como última instancia de la frecuentación de Canarias durante la antigüedad cabría suponer eventuales ensayos de introducción de flora, fauna y gentes de orígenes no bien determinados en el archipiélago. La introducción de vegetales mediterráneos puede evidenciarse gracias a los análisis carpológicos, polínicos y antracológicos, en los yacimientos “aborígenes” aunque en algún caso tal evidencia puede ser neutralizada por factores naturales como la difusión de semillas a través de las aves.

Un indicio, en una fase previa al siglo I a. de C., remite de nuevo a Plinio el Viejo (*H. N.*, VI, 202) cuando alude a piñas y palmeras datileras en la isla canaria (con mucha probabilidad Gran Canaria). *Phoenix dactylifera* es originaria de Oriente Medio y Norte de África, por tanto su introducción en Canarias antes del siglo I. a. de C. pudo ser facilitada por navegantes mediterráneos (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 184-185) desde luego en un momento previo a la mención de Plinio.

El *Pinus Canariensis* (pino canario) de grandes dimensiones fue objeto

¹⁸ Kerné o Cerné, de “Cornamenta”, debe relacionarse con el nombre antiguo de Mogador: “Torre de la Cornamenta”, traducida en la mención *Turris Buconis* o “Torre del bucráneo” del Anónimo de Ravena III, 11, (N. Villaverde Vega, 2001: 190 ; F. López Pardo; A. Mederos Martín, 2008: 79-82)

de explotación. Un tronco de pino fosilizado, con indicios de tala en el corte, que se data en el primer milenio antes de C., está depositado en el Jardín Botánico de Tafira (Gran Canaria). Los piñones de esta especie son comestibles pero sin proyección económica pues su valor nutritivo y sabor no es comparable con los piñones de *Pinus pinea* (pino piñonero), también llamado “pino dulce” en Canarias. Esta última variedad, que es originaria de la cuenca mediterránea, se encuentra naturalmente en el área del Estrecho, y su aprovechamiento se atestigua en niveles arqueológicos fenicios de Lixus (I. E. Grau Almero et alii, 1995:192).

Para naturalizarse, el *Pinus pinea* necesita ciertas dosis de humedad y quizás por ello sólo está difundido en los valles isleños que reciben aires atlánticos. En Gran Canaria, donde Plinio cita las piñas, hay masas boscosas de esa especie en el parque natural de Tamadaba (Agaete) y ejemplares dispersos en Llanos de la Pez (Tejeda)¹⁹.

La recolección y consumo de piñones entre el medio local “prehistórico” de las islas está documentado arqueológicamente a través del intestino de una momia guanche enterrada en Roque Blanco y también otro hallazgo en la Cueva de don Gaspar, (Icod de los Vinos, Tenerife) (M^a. C. Arco Aguilar, 1984: 30-31, 99, fig. 1; íd et alii, 2000: 76-78), aunque la especie reseñada en ambos casos es *Pinus Canariensis*.

Los cereales son taxones básicos para la alimentación humana que además atestiguan la práctica de la agricultura entre el poblamiento “aborigen”. Los yacimientos “prehistóricos” canarios conocen dos variedades de cebada. Una con cascarilla y otra desnuda, llamada “romana”, *Hordeum vulgare* y *Hordeum coeleste* (íd., 1984: 94). El nombre indígena era “tamo” y “ahoren” cuando el grano estaba tostado. Este cereal parece especialmente mejor adaptado al terreno y al clima de las islas más occidentales, más lluviosas y de relieve accidentado, pues al menos en los yacimientos prehistóricos de Tenerife está muy bien representado (íd. et alii, 2000: 88).

El trigo, introducido en el archipiélago junto con la cebada en una fase arcaica, está documentado en Gran Canaria y Tenerife, aunque las mayores exigencias del cultivo del trigo y su menor producción parecen determinar su condición secundaria, e incluso un posible abandono de su cultivo, porque en los yacimientos prehistóricos sólo está representado en los niveles más antiguos (íd. et alii, 2000: 89).

¹⁹ Espacio repoblado en 1950, de *Pinus Canariensis* (pino canario) y *Pinus radiata* (pino de California). En la zona se localizan dispersos pinos piñoneros (*Pinus pinea*) lo cual sugiere que el bosque, antes de la repoblación de mediados del siglo XX, contaba con esas coníferas naturalizadas.

La presencia de guisantes o arvejas, *Pisum sp.*, es precaria en comparación con el consumo de habas, *Vicia faba*, que tras la cebada, constituye el segundo cultivo en importancia. Las habas están representadas en la Cueva de don Gaspar y las Palomas (Tenerife), aunque igual al trigo, poco a poco y avanzado el tiempo disminuye su producción y consumo (íd., 1984: 126-127; íd. et alii, 2000: 90). Habas y guisantes son del Próximo Oriente y se difunden en el Mediterráneo en torno al II milenio a. de C.

Una evidencia fundamental, derivada de los estudios paleo-carpológicos en Canarias, estriba en la determinación de taxones de vid cultivada, *Vitis vinifera* en la Cueva de don Gaspar (Icod de los Vinos) a comienzos de la Era, por tanto esta especie también fue introducida por el medio mediterráneo (íd., 2000: 93). Aunque los aborígenes canarios conocían la vid, no se ha confirmado la producción de vino.

En el norte de la Península Ibérica la producción vinícola distinguía a los hispanos civilizados de los bárbaros (Estrabón, *Geogr.* III,3,7). No obstante, topónimos como Icod de los Vinos (Tenerife) y el arraigo tradicional de viñas en La Palma y Lanzarote, pudiera deparar sorpresas en el futuro, si se actúa a nivel arqueológico.

Del acebuche, *Olea europea* u *Olea oleaster*, hay una variedad “Guan-chica” en Canarias y Madeira. Esta planta, como todos los olivos, sólo produce olivas comestibles cuando es injertada por el olivo productivo.

El origen del taxón productivo es de Oriente Medio y en la Península Ibérica fue introducido por los fenicios. La especie está representada en niveles aborígenes de Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria y Tenerife (íd., 1984: 129). En Gran Canaria son importantes los olivares de Santa Lucía y San Bartolomé de Tirajana. En Lanzarote el olivo se atestigua en un estrato datado entre los siglos I de C. y V. de C (P. Atoche Peña, 2009: 110-111). Algún topónimo como La Oliva (Fuerteventura), también pudiera indicar el cultivo antiguo en espacios de esa isla pues el topónimo citado por *Le Canarien*, remontaría a la conquista de Fuerteventura (Aa.Vv., 2003: 225).

Fruta del mundo fenicio occidental, originaria de la Península Ibérica, era el granado (*Punica granatum*) que los romanos llamaron Malum Punicum. Hasta la fecha no se confirman semillas o carbones de granado en yacimientos arqueológicos isleños, sin embargo, textos de fines del siglo XVII citan su uso terapéutico entre los aborígenes canarios y para la momificación en Tenerife (M^a. C. del Arco Aguilar, 1984: 51 y 128).

La higuera (*Ficus carica*) es un árbol mediterráneo documentado en la Cueva de las Palomas (Icod de los Vinos) en niveles del siglo III a. de C., y en el yacimiento de Los Cabezazos (Tegueste, Tenerife) (M.^a C. del

Arco Aguilar et alii, 2000A: 73 y 94). Su cultivo y consumo era habitual entre los “aborígenes” de Gran Canaria y en Tenerife, según crónicas de la conquista castellana. (M.^a C. del Arco Aguilar, 1984: 31).

Por último, entre plantas canarias importadas al Mediterráneo en la antigüedad, existe una mención de Estrabón (*Geogr.* III, 5, 10), que cita a Poseidonios, y afirma la existencia de un árbol exótico en Gadir, interpretado a veces con un “drago” *Dracoena drago*, lo cual atestiguaría intercambios de ida y vuelta.

Partidario del drago de Gadir es R. Corzo Sánchez (1998: 27-50) que lo reconoce en un bronce samio del siglo VIII a. de C. La iconografía, que describe el mito de Hércules y Gerión, incluye el posible drago como emblema de Gadir. No obstante, A. Tejera Gaspar (2000: 369-371; 2006: 47-52) relativiza su origen canario al patentizar taxones de drácena en la Isla Socotora y en el Alto Atlas, donde se atestiguó la especie en 1996. Lo cual no niega que fuera más sencillo para los navegantes gadiritas obtener dragos en Canarias (M.^a C. del Arco Aguilar et alii, 2000A, 73 y 113, nota 14).

El grueso de la fauna que puede ser atribuída a la impronta colonial también aparece en distintos “yacimientos aborígenes”. En la práctica totalidad de yacimientos arqueológicos excavados figuran ovicápridos y cerdos desde épocas remotas. Los cerdos son omnívoros, prolíficos e idóneos por su aprovechamiento alimenticio²⁰. Las cabras depredadoras y las ovejas, estas últimas mucho menos dañinas para el ecosistema, proporcionaban leche, carne y pieles. El perro aparece asociado con la ganadería de ovicaprinos, como en El Bebedero (Lanzarote) (P. Atoche Peña et alii, 2009).

También se evidencia la rata negra, *Ratus ratus*, cuya difusión involuntaria debió realizarse vía marítima (P. Atoche Peña, 2003: 202)²¹. Para contrarrestar ratas y ratones, desde las navegaciones fenicias²², los barcos mercantes han incluido gatos tripulantes.

Los felinos *Felis felis*, identificados en varios yacimientos aborígenes de Tenerife, son en algún caso de origen norteafricano (M.^a C. del Arco Aguilar, 1985: 87)²³. También se documenta el gato en yacimientos “pre-

²⁰ Información que nos ha proporcionado el Dr. D. Rafael González Antón.

²¹ En este trabajo el Dr. P. Atoche Peña propone la llegada de la rata en época romana. Queda pues por demostrar la llegada en momentos anteriores.

²² *Felis silvestris* de origen africano parece haber sido domesticado en Oriente Medio en época inmemorial. La difusión del felino doméstico en el Mediterráneo se atribuye a egipcios y fenicios.

²³ Cueva de don Gaspar; Cueva de las Palomas. Un ejemplar, estudiado por I. Sarrión, se atribuye a *Felis margarida*, un pequeño gato del desierto. En la Cueva de D. Gaspar

históricos” de La Palma como la Cueva del Tendal y la de El Rincón (J. Pais Pais, 1996: 462 y 489).

Gallos y gallinas, *Gallus gallus*, atribuidos siempre a estratos históricos o revueltos, han sido discriminados de otros restos “aborígenes” en la misma posición estratigráfica como denuncian R. González Antón y M.^a C. del Arco Aguilar (2007: 240, nota 411). Las gallinas y los gallos eran animales asociados a los navegantes de la antigüedad, pues ocupaban un espacio reducido del barco y proporcionaban proteínas en navegaciones largas. En la Península Ibérica la introducción de estas aves de corral se atribuye al medio colonial fenicio.

También debe plantearse el caso de la introducción de la especie humana, si como parece en el momento de su descubrimiento estaban desiertas. La mano de obra era requerida para llevar a cabo las labores de explotación más rudas y primarias que perseguía el medio colonial. La fase más arcaica del mundo “aborigen”, detectada hasta la fecha, procede de la sepultura VII en Cueva de los Guanches (Icod de los Vinos, Tenerife), datada entre 1391 – 698 a. de C. (R. González Antón; M.^a C. del Arco Aguilar, 2007: 36). La configuración y arraigo de una masa poblacional primitiva, exportada hasta las islas con la mediación mediterránea, pudiera suponer orígenes heterogéneos y cronológicamente diversificados.

Por último, deberemos acordar el grado de implicación que ejercían los agentes coloniales sobre estos espacios territoriales atlánticos de la periferia. E. Ferrer Albelda (1998: 37-40) distingue tres tipos de variables territoriales teóricas, que sitúa dentro de la intervención colonial del medio fenicio del “Círculo del Estrecho”:

Una primera variable es el círculo productivo o extractivo capitalizado por Gadir y templo de Melqart, sometido a oscilaciones expansivas, o recesivas, del mercado. De ese modo, pudieron irradiarse subsidiariamente influjos socio-culturales e incluso religiosos percibidos de forma selectiva por el medio local no fenicio, con gradaciones e hibridaciones poco reconocibles aunque tal impacto sería irreversible y perdurable.

La segunda variable, consecuencia de la anterior, definiría una idiosincrasia particularizada, en cierta medida nacional, asociada al espacio territorial ocupado por grupos humanos que compartían elementos socio-culturales afines, como lengua o religión y acaso cultura material. Esto afectaría sólo a los poblamientos estables.

el gato está fechado por C14: Gak-8067: 1390±110 B.P.= 560 d.C. = cal AD 427- 883 [650 AD]. Agradezco a la Dra. M.^a C. del Arco Aguilar numerosos datos bibliográficos y explicaciones relativas a la fauna y flora localizada en distintas excavaciones del archipiélago que han facilitado este epígrafe del texto.

Por último, una tercera variable debe relacionarse con el poder político ejercido por las poleis, confederaciones o sociedades fenicias del Estrecho, cuyo número y capacidad soberana no sería fijo, sino cambiante, dependiendo de factores diversos, como el auge o declive de su demografía o acontecimientos bélicos.

En tal caso, desde un punto de vista teórico cabe proponer la inserción de Canarias dentro de la primera variable de relaciones económicas, siendo dudosa su relación con la segunda y tercera variables de E. Ferrer Albelda. Además, la ausencia de restos arqueológicos relacionados con la presencia humana parece indicar que las islas estaban desiertas antes del I milenio a. de C. cuando pudieron ser descubiertas.

Valorando dicha peculiaridad puede proponerse una cuarta variable, aplicable a Canarias, para zonas despobladas descubiertas y potenciadas por el medio colonial. Sus recursos naturales podían ser fomentados y explotados, aunque los agentes coloniales debieron aportar la mano de obra y otros medios suplementarios para llevar a cabo, a largo plazo, sus objetivos económicos.

4. LA SOMBRA PÚRPURA DEL ATARDECER (SS. XI A. DE C. – VI DE C.)

La frecuentación mediterránea de Canarias entre los años 1096-950 a. de C. está probada, desde un punto de vista arqueológico, gracias a los hallazgos anfóricos en el islote de La Graciosa en la costa norte de Lanzarote. Consiste en un cordón litoral fósil conformado con fragmentos atípicos de cerámicas facturadas a torno. Esos materiales, recogidos y seleccionados *in situ*, fueron datados por termoluminiscencia (R. González Antón; M.^a C. del Arco Aguilar, 2007: 36).

En la playa del islote se han evidenciado también conchas del molusco *Thais haemastoma*, con indicios de haber sido manipulados y triturados desde un punto de vista antrópico (fig. 4). Ambas evidencias sugieren que la recolección y transformación primaria del molusco procuraba la obtención de tinturas purpúreas (F. García-Talavera Casañas, 2003; R. González Antón; M.^a C. del Arco Aguilar, 2009: 9-80).

Ese hallazgo, el primero de una serie de enclaves por descubrir, confirma que las Islas Canarias fueron descubiertas y dinamizadas por los fenicios. Sin embargo la mejor evidencia para relacionar el descubrimiento de Canarias por el medio fenicio de Occidente, procede del nombre que las fuentes greco-latinas atribuyen a las islas más próximas a la costa occidental del continente africano. La mención más remota es de Homero que cita

las “Islas Hespérides” en *La Odisea* (IV, 563-568). Ese relato mítico sería redactado entre los siglos VIII y VII a. de C., aunque remontara a una tradición oral más antigua. La etimología de “Hespérides” procede de la voz griega “hesperis”=“el atardecer, o el ocaso”, que traduce literalmente la voz fenicia “Lixus”, (Lqx) = La puesta del sol /Occidente²⁴ (N. Villaverde Vega, 2001: 119, nota 324).

Desde un punto de vista ideológico, la voz fenicia “Lqx” = Occidente, confirma la concepción global del mundo mediterráneo entre dos polos: “Oriente y Occidente”, e indirectamente ensalza la hazaña marítima que los había conectado. La traducción “Hespérides” quizás no percibe su simbolismo ideológico, pero indicaría la relación del conjunto insular con las navegaciones exploratorias en el Extremo Occidente.

Con posterioridad las fuentes greco-latinas, entre los siglos II a. de C. y I de C., insisten en mencionar dos islas que se describen próximas entre sí y cercanas al continente, lo cual conviene a Fuerteventura y Lanzarote. Al ser las más frecuentadas y conocidas, fueron percibidas desde un punto de vista geográfico como un conjunto diferenciado del resto de Canarias (A. Santana et alii, 2002: 199-225; A. Santana Santana; T. Arcos Pereira, 2006: 91-99).

No es hasta el siglo I de C. cuando se sitúan las “dos islas de Hespérides”, mención confusa que debemos a Plinio el Viejo (H. N. VI, 201).

Más lejos de ellas todavía dicese que hay dos Insulae Hesperidum; pero todo esto es poco seguro; así Statius Sebosus calculó en cuarenta días la distancia existente entre las Insulae Gorgonum y las Insulae Hesperidum navegando por delante del Atlas, y en un día de navegación la distancia que media entre estas últimas y el Hesperu Ceras. Las noticias de las Islas de la Mauretania no son más seguras; únicamente se sabe que hay algunas frente a los autololes y que fueron descubiertas por Iuba quien estableció allí talleres de púrpura gaetúlica. (Trad. A. García Bellido, 1947:150).

También Plinio el Viejo aborda la descripción de las Islas Afortunadas, donde relata, de forma más confusa, el resto del conjunto insular canario (H. N., VI, 202, 203). No obstante podemos advertir como Plinio, con no-

²⁴ La denominación semita Lqx se perpetúa en lengua árabe Magreb “Al Aqsa” por el conjunto regional (obsérvese la perpetuación fonética LQS). Su traducción por “lugar donde se pone el sol”, coincide en ambas lenguas. Esta voz semita está implicada en la raíz etimológica del sustantivo latino *occidens-ntis*, cuya traducción es “el poniente”, y también del adjetivo latino “*occiduus*” utilizado para definir la puesta del sol “*sole occiduo*” que da origen a la palabra española “ocaso” y “occidente”. (Sobre la traducción de ambos términos latinos cfr. S. Segura Munguía, 2006: 510).

table rigor científico, reconoce que su información procede de fuentes anteriores y añade que las noticias compendiadas resultaban “poco fiables”. En resumen no parece en algún caso capaz de interpretar el conjunto de la información recopilada (F. López Pardo, 2009: 53-78).

Por ese motivo, pese a los empeños de interpretación del párrafo pliniano, existen serias dudas sobre su coherencia interna, y no digamos si se valoran las distancias en general poco “afortunadas”²⁵. La distancia de 625 millas que Plinio establece entre las Islas Purpurarias y las Islas Afortunadas da margen para toda propuesta bienintencionada, pero a la postre hipotética, entre Canarias y Gadir.

Plutarco (*Vida de Sertorio*, VIII) nombra las “dos islas” de los Bienaventurados que veremos traduce al latín el mito griego de los Campos Elíseos, del cual procede a su vez el nombre “Afortunadas” recogido por Pomponio Mela (*Chor.* III, 102). Estas islas estaban pobladas por “bárbaros” que conocían el mito y que demuestran cierto grado de sintonía cultural con los navegantes. Las dos islas próximas al continente, Fuerteventura y Lanzarote, serían las más accesibles y frecuentadas por reunir buenas condiciones como bases de avituallamiento y habitación frente a la costa africana.

Una vez presentadas las Islas Hespérides, debe valorarse la mención sobre las Islas de Mauretania, donde se emplazaron talleres de púrpura getúlica en época de Iuba II. Por ese motivo puede valorarse la información de Plinio (*H. N.* VI, 201), primando las evidencias indirectas, pero objetivas, que confirman su relación con las Canarias Orientales. Ya hemos destacado la voz “Lqx,” como denominación fenicia del Extremo Occidente, por ello cabe redundar en las sinonimias inadvertidas.

Sobre la denominación de las Islas de la Mauretania incluidas en el relato pliniano, podemos traer a colación la cita de Estrabón (*Geogr.* XVII, 3, 2) que alude en pasado al pueblo grande y feliz de los “maúroi” originario de la orilla sur del Estrecho del Gibraltar. Plinio el Viejo (*H. N.* V, 17) también se hace eco de esa denominación al afirmar “entre los pueblos que habitaron el país en otros tiempos, el principal era el de los mauri” que según el mismo autor se habría extinguido por sus conflictos internos.

²⁵F. López Pardo (2009:60) supone errores del autor romano debido al manejo de dos cartografías diferentes, la de Statius Sebosus y la de Iuba II. Quizás no sólo consulta dos cartografías, sino también otros documentos suplementarios, pues la conciliación de seis apelativos aparentemente divergentes para los mismos conjuntos insulares e islas, pudo ser uno de los motivos de su confusión.

“Mauroi” resulta ser la denominación aparentemente indígena de las gentes que habitaron la Mauretania, pero según Estrabón en el siglo I a. de C., no era percibidos como habitantes entre las tribus nómadas, seminómadas y montañosas de la Mauritania occidental.

Por ello para evidenciar el significado de la denominación regional, Mauretania / Mauritania, deberemos cuestionar su raíz etimológica. La etimología de la voz “maur”, si nos atenemos a la variante dialectal rifeña tamazight²⁶ que aún se habla en la ribera sur del canal del Estrecho, debe relacionarse con la voz “maru” cuya “r” se pronuncia como una palatal, vibrante, sonora, no alveolar (E. Ibáñez Robledo, 1949: 193).

En esa lengua, “maru” designa la “parte de la montaña donde no da el sol”, adjetivo traducible como “espacio sombrío” o “sombreado”. Quizás por ello la voz “mauroi” se ha relacionado con rasgos étnicos del poblamiento indígena como la piel morena de muchos, lo cual parece simple (N. Villaverde Vega, 2001: 41, nota 15).

Sin embargo, a la luz de los datos filológicos, resulta más sugestivo relacionar el significado del topónimo regional Mauritania²⁷ como la traducción literal en lengua indígena de la palabra fenicia Lqx (el ocaso, el atardecer, o el lugar de las sombras donde se oculta el sol). Ese confín descubierta por el medio colonial, permite a los indígenas tomar conciencia de su propia situación en la globalidad, no al revés.

Ello explicaría que los amistosos nómadas “lixitas” que aparecen guardando sus ganados en las riberas del río Lucus, cuando los cartagineses exploraron la costa atlántica africana a fines del siglo VI o inicios del V

²⁶ Los estudios de gramática y diccionarios de español-rifeño se deben a dos investigadores españoles que desarrollaron su labor filológica entre fines del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, P. H. Sarrionandía Linaza (1905); E. Ibáñez Robledo (1944; 1949).

²⁷ El nombre latino del país, atestiguado en fuentes literarias y epígrafes, fue Mauretania durante el Alto Imperio, y durante el Bajo Imperio Mauritania. La historiografía francófona en general y mi maestro el Dr. Y. Le Bohec, en particular, prefieren Mauretania para aludir a la región durante toda la antigüedad, distinguiéndola del estado moderno Mauritanie/Mauritania. Sin embargo la tradición historiográfica española, remontando a Isidoro de Sevilla, reconoce el país como Mauritania. En ese sentido propongo limitar, en español, la utilización de Mauretania al Alto Imperio, y usar Mauritania de modo general pues pese a la convicción francófona, el término Mauritania es antiguo, no moderno, y la voz rifeña “maru”, cuya desinencia vocálica es débil, no fuerte, acordaría mejor con la transcripción latina Mauritania. Debe además señalarse que el tarifit, dialecto del tamazight, se habla en la montaña rifeña que según las fuentes literarias era el espacio nuclear del país habitado por los mauri en la antigüedad.

a. de C. según el Periplo de Hannón, 6-8 (J. Desanges, 1989: 405), serían gentes de las tribus locales, los “mauroi”.

En conclusión Lqx = Liza = Lixa = Lixos (Lixus)²⁸, Mauritania y Hespérides, respectivamente en fenicio, tamazight y griego son voces sinónimas. El concepto aludía a toda la región, tierras e islas del confín occidental, y sólo indirectamente, por su valor significante, se aplicará a los indígenas implicados en el proceso colonial .

Puede suponerse que el conjunto insular definido por Fuerteventura y Lanzarote, al margen de ser conocidas como Islas del Atardecer o del Confín de Occidente, recibieran otras muchas denominaciones según la lengua usada o por las actividades económicas allí desplegadas.

Una hipótesis, a deducir de la identificación de Fuerteventura y Lanzarote con las “Islas de la Mauretania”, es la propia denominación tradicional de los habitantes de ambas islas “majos” o “majoreros”. Según L. Torriani, autor que escribía a fines del siglo XVI, el gentilicio deriva de “Maoh” que afirma era un antiguo nombre de la isla de Lanzarote. Este nesónimo fue relacionado por G. Marcy (1962: 282-283; citado por A. Tejera Gaspar, 2006:92-96) con el etnónimo “*maohr” de algunas tribus norteafricanas habitantes de la orilla sur del Estrecho de Gibraltar.

Por eso, de manera alternativa a la explicación étnica, queremos incidir en la voz “maoh” evolucionada del término “*maohr”, en singular, cuya raíz etimológica se advierte en el término rifeño “maru”, con un sentido geográfico para traducir como vimos “lixitas”, término aplicado por los fenicios a los habitantes del país del Ocaso.

Otra cuestión por resolver deriva del nombre de las Islas Purpurarias, pues Plinio (*H. N.* VI, 203) afirmaba que los talleres de tinturas estaban en las Islas de la Mauretania descubiertas, o mejor redescubiertas, por Juba II, aunque situaría las “Purpurariae” a una distancia improbable de las “Afortunadas”.

Quizás por ello fueron identificadas las más de las veces con el islote de Mogador (Esauira, Marruecos) y supuestas peñas del entorno (P. Vidal La Blanche, 1903: 325-329), cuya entidad resulta insignificante en comparación con las dos islas orientales del archipiélago canario.

Años más tarde J. Álvarez Delgado (1945:14) formuló la hipótesis alternativa que identificaba las Purpurarias con Fuerteventura, Lanzarote y otros islotes aledaños. Aunque, cinco años después las excavaciones con hallazgos fenicios y romanos en el islote de Mogador (J. Desjacques; P.

²⁸ Liza en Hecateo y Lixa en Alejandro Polyhistor de la voz “Lixus”, cfr. J. Desanges (1989: 404, 1 y 4).

Koeberlé, 1955), decidieron que la práctica totalidad de investigadores se decantasen por esta última posibilidad, y desdeñasen la identificación de las Purpurarias en las islas orientales de Canarias.

En resumen, las Islas Purpurarias para la mayoría de los supuestos se sitúan en el islote de Mogador y peñas aledañas siguiendo miméticamente la escuela gala, hegemónica y meritoria en la investigación de la antigüedad sobre el norte de África, pero no infalible. También existen autores que las sitúan en el archipiélago de Madeira.

Los hallazgos de La Graciosa han permitido retomar la cuestión, y A. Mederos Martín y G. Escribano Cobo (2006: 78-82), recuerdan que el islote Mogador jamás fue un archipiélago incógnito, algo que afirman las fuentes de las Islas Purpurarias, sino más bien una pequeña isla a la vista de todos los paseantes de la playa de Esauira (fig. 5); además, ni en ese islote ni en su proximidad, se han localizado restos que permitan deducir la recolección o tratamiento de moluscos para púrpura (id., 2006: 79-80, 82, 89).

Por último una mención bíblica, remontando al siglo VI a. de C. (*Libro de Ezequiel*, 27-7) alude al toldo (¿sombrija?) del rey de Tiro de “púrpura violeta y escarlata de las costas de Elisá”, mención que precisa su encuadre geográfico.

Amparados en esa cita, A. Mederos y G. Escribano Cobo afirman que el color escarlata sólo procede del *Thais haemastoma*, molusco abundante en las costas atlánticas norteafricanas, y por ello afirman que la púrpura “escarlata” de “Elisá” debe relacionarse con las Islas Canarias, mejor que con Cartago (por su fundadora la reina Elisa) o Chipre (Alysia), que hasta la fecha han sido las zonas propuestas por los distintos estudiosos que se han ocupado del tema (id., 2006: 87-88).

Estamos de acuerdo con A. Mederos Martín y G. Escribano Cobo, pero debe ampliarse su identificación al ámbito regional de Occidente, donde se insertan las Canarias, añadiendo un criterio etimológico fundamental, pues Elisá transcribe la voz “Lissa” en Hecateo de Mileto, y “Lixa” en Alejandro Polyhistor = Lixus, (cfr. esas lecturas en J. Desanges, 1989: 405, 1 y 4). En conclusión “Elisá” es otro de los sinónimos derivados de la voz semita “Lqs”, de las Hespérides y de la Mauritania, es origen del mito los Campos Elíseos y por tanto de las Islas de los Bienaventurados.

La dimensión mítica de Canarias en parte quizás deriva de la estrategia comercial fenicia, pues los viveros de moluscos se mantendrían en secreto para monopolizar y dosificar su explotación exclusiva. La cronología atestiguada en el pequeño islote de La Graciosa coincide con el auge de la

producción de tinturas suntuarias de alto precio, demandadas por los ámbitos del poder del mundo antiguo, cuyo comercio centralizaba Tiro entre los siglos XIII y VI a. de C. (*Libro de Ezequiel*, 27-7 y 16).

Las dos islas Hespérides, identificadas con Fuerteventura, Lanzarote e islotes adyacentes, serían las “Purpurarias” durante la etapa colonial lo cual explica los restos de *Thais haemastoma* diseminados en numerosos yacimientos aunque falta precisar cuáles produjeron tinturas: Jable de las Caletas (La Graciosa); La Isleta-La Santa (Tinajo); El Bebedero (Teguise); El Rubicón (Yaiza) en Lanzarote y Llano de la Cancela-Barranco de la Torre (Antigua); Agua Ovejas-Jable Occidental (Jandía) en Fuerteventura (A. Martín Mederos; G. Escribano Cobo, 2006: 82-83).

En conclusión, la industria de la púrpura impulsó el descubrimiento y exploración de Canarias por el mundo mediterráneo. La especialización fenicia en ese producto decidiría la postergación de la denominación nacional “canaeos”, por phenici: “los rojos”, atribuida desde fines del segundo milenio a estos navegantes orientales y sus colonias ultramarinas por el color escarlata de las tinturas que producían y comerciaban.

Otra mención sobre la producción purpúrea en Occidente procede de Plinio el Viejo, (*H. N.*, IX, 61), que entre las mejores púrpuras del mundo alude a la tintura producida en Getulia (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2006: 76) pero sin especificar ninguna localidad en concreto²⁹. Según los mismos autores (íd., 78) Plinio el Viejo (*H. N.*, V, 1, 12), al mencionar que la púrpura se producía en los “peñascos de Getulia”, quizás una alusión a islas e islotes de las Canarias.

Sin negar otros enclaves productores en la costa continental, quizás el producto facturado en el archipiélago era acaparado y reexpedido desde la costa gétula, sitios como Mogador, desde puertos mauritanos más al norte o incluso desde Gadir/Gades o Ebussus (Ibiza) desde donde fueron reexpedidos al mercado internacional.

También cabe plantear que las élites indígenas de la costa frontera, en una primera fase del proceso colonial, quizás proporcionaran gentes que fueron desplazadas como operarios, para ser ocupados en la recolección y transformación primaria de los moluscos.

El poblamiento indígena del territorio continental frente a Canarias está contemplado en el Anónimo de Ravena (III, 11), de época muy avanzada (siglos VII y VIII de C.), aunque sintetiza la información de textos remo-

²⁹ Se trataría de una generalización de la zona geoestratégica de donde procedían las manufacturas y cabe también incluir en tal denominación a las Islas Canarias frente al continente africano, en esos márgenes meridionales poblados por los gétulos.

tos. Distintas ciuitates aluden a las gentes gétulas emplazadas a lo largo del litoral atlántico y Alto Atlas, cuyos topónimos podemos relacionar con la bahía de Safi (Getullisofi) y el curso medio del río Draa, antiguo Darat (Getulidare), situados al norte del islote de Mogador antigua Mogdul ó Cerné (Turrus Buconis). En espacios más meridionales se emplazan dos ciuitates: Paurusi y Perora, ámbito de tribus pharusii (farusios)³⁰.

Según Pomponio Mela (*Chor.* III, 10, 103) los farusios habían sido “muy ricos cuando Hércules llegó al país de las Hespérides”, lo cual relaciona directamente el auge de estas gentes con la presencia arcaica fenicia. Entre fines del II y comienzos del I milenio a. de C. la élite guerrera de este confín africano se permite el lujo de ostentar una aparatosa panoplia militar, propia de los guerreros-aristócratas del Mediterráneo Oriental, pues según Estrabón, (*Geogr.* XVII, 3, 7), fueron expertos arqueros y conducían carros armados. Tal panoplia y tácticas guerreras parecen difundidas coetáneamente entre el medio indígena de la Península Ibérica³¹, cuestión que debe relacionarse con el nivel de relaciones e intercambios sostenidos entre ellos y los agentes coloniales.

A comienzos del siglo VI a. de C. el imperio babilonio acaba con la independencia de las antiguas metrópolis fenicias del Líbano, salvaguardadas hasta ese momento por Egipto. La toma de Tiro en 580 a. de C. simbolizaba la caída de una época. La magnitud del suceso queda reflejada ampliamente en La Biblia pues implicó el colapso económico del Mediterráneo (*Libro de Ezequiel*, 26: 1-21, 27: 1-36 y 28: 1-19).

Gadir había sustentado su empresa colonial en las relaciones comerciales con Tiro. Expedía minerales de Tarsis: plata, hierro, estaño y plomo (*Libro de Ezequiel*, 27:12) y púrpura de Elisá (*Libro de Ezequiel*, 27: 7) que antes hemos identificado con el Extremo Occidente, término que en nuestra opinión define el “Círculo del Estrecho”.

³⁰ En el Anónimo de Ravena la mención de ciuitates debemos estimarla como alusión a las gentes o pueblos que habitaban esas zonas, en absoluto justifica la existencia de centros urbanos. El texto permite incluir entre los “gétulos”, seguramente sinónimo de “autololes”, a los “daraitas” habitantes de las riberas del río Draa. La fuente, de época tardorromana, compendia noticias mucho más antiguas. Sobre esos pueblos existen otras noticias literarias suplementarias y muy antiguas en las fuentes greco-latinas, cfr. F. López Pardo; A. Mederos Martín (2008: 115-134).

³¹ Un compendio bibliográfico sobre el periodo orientalizante y sus influjos entre los pueblos indígenas de la Península Ibérica, y sobre la problemática de las “Estelas del Sudoeste” y la panoplia guerrera identificada en esos grabados, cfr. M. Almagro Basch (1966); M. Torres Ortiz (1999: 22-24).

La coordinación comercial de ambas orillas, centralizada por Gadir, sugiere la expedición de minerales junto a mercaderías regionales, como las tinturas purpúreas destinadas a los ámbitos del poder. Gadir, a su vez, distribuía en Occidente las manufacturas de lujo que Tiro fabricaba u obtenía en Egipto, Chipre y Grecia.

5. PERIPLOS Y PREPOTENCIA DE CARTAGO (MITAD SIGLO VI-III A. DE C.)

Tras la caída de Tiro, el “Círculo del Estrecho” debió buscar acomodo en el mercado de Cartago³², metrópoli hermana que contaba con una excelente posición en el centro del Mediterráneo.

La antigua colonia de Byrsa iniciaba una política imperialista en Sicilia entre 580/576 a. de C.: Cartago quería poner freno a las colonias griegas de la Magna Grecia (parte oriental de Sicilia) que amenazaban su monopolio económico del Mediterráneo central y las líneas con Oriente, prácticamente acaparadas por los cartagineses desde su posición central en el norte de África (W. Huss, 1990: 35-36).

El ascenso de Cartago decidiría su hegemonía política también sobre las antiguas colonias fenicias del Estrecho, como se refleja desde mediados del siglo V a. de C. en el primer tratado romano-cartaginés y se rubrica en el segundo tratado romano-cartaginés (año 384 a. de C.) que prohíbe a los romanos piratear, comerciar o fundar ciudades al oeste de Mastia Tarseion (Cartagena) por la costa europea y del “Bello Promontorio” (Cabo Farina) por la africana (W. Huss, 1990: 51-57).

No podemos evaluar el grado de aceptación o rechazo que esta interferencia provocaría entre los fenicios de Occidente. Sin embargo, Gadir sería lógicamente la parte más perjudicada (N. Villaverde Vega, 2001: 42, nota 27), pero sus recursos militares serían irrelevantes para hacer frente a la potencia en armas de Cartago.

En esa tesitura los gadiritas, para salvaguardar la dimensión económica de su ciudad, habrían asumido la intromisión política y militar de Cartago. O. Arteaga Matute (1994; 2001: 222) ha formulado una hipótesis sobre la existencia de una liga púnico-gaditana dirigida por Gadir, que actuaría como “aliada y no como súbdita de Cartago”, aunque pensamos que no le quedaba otra salida digna.

³² Utilizaremos en la mayor parte de las veces cartagineses por púnicos, para incidir en la diferencia de estos últimos con los púnicos del Estrecho o fenicios de occidente.

Lo cierto es que Cartago habría refundado Ebuso (Ibiza) ('Jbshn) en 654/53-653/52, según Timeo (W. Huss, 1990: 34-35), aunque los colonos cartagineses no son advertidos hasta fines del siglo VI a. de C. (B. Costa Ribas, 2004: 188-198). También refunda Qart-Hadast (Cartagena) sobre Mastia Tarseion con patente ánimo imperialista, pues desde allí asumiría el control de las líneas comerciales establecidas entre el Extremo Occidente, desde o hacia el Mediterráneo central y Golfo de León.

La potencia cartaginesa reorganiza la costa oriental del Estrecho hasta la bahía de Algeciras (fig. 6), repoblada durante el siglo V a. de C. con contingentes libio-fenicios (Avieno, *Ora marítima*, 422; F. López Pardo; J. Suárez Padilla, 2002: 129-137). Un último argumento arqueológico que confirma la desarticulación parcial del área del Estrecho en esa fase de hegemonía púnico-cartaginesa, es la repartición de vajillas regionales de inspiración helenística “tipo Kuass” (Quas).

Los talleres gadiritas que producen entre los siglos IV y II a. de C., según A. M.^a Niveau de Villedary Mariñas (2004: 267-274), difunden el grueso de su producción entre el sur de Portugal y la bahía de Algeciras.

Siguiendo el trabajo citado, se advierte como las localidades al este del Estrecho: Malaqa (Málaga), Sexi (Almuñécar), Abdera (Adra) y Baria (Villaricos), consumen pocas vajillas gadiritas, aunque paralelamente se difunden vajillas itálicas del golfo de Rosas, de Ibiza, o bien vajillas comunes de producción local que recuerdan las producciones gadiritas llamadas de “tipo Quas” (A. M.^a Niveau de Villedary Mariñas, 2004: 272-274). Lo cual explica que este sector costero, cuya tradición local era afín al “Círculo del Estrecho”, se incluye desde ahora en una dinámica comercial divergente, seguramente mediada por Qart Hadast (Cartagena) y en último extremo por Cartago.

Todo ello contrasta con la excelente difusión de cerámicas gadiritas en la principal localidad de la bahía de Algeciras, Carteia, que como su propio nombre indica sería refundada bajo dominio cartaginés³³, pues a tenor de las vajillas de tipo “Quas” mantuvo un alto nivel de intercambios con Gadir. No obstante, tal evidencia pudiera indicar que Gadir, y otras localidades de su ámbito, exportaron buena parte de sus excedentes a través de

³³ Podemos plantear reservas a propósito de Carteia (Cortijo del Rocardillo, San Roque, prov. de Cádiz), enclave de la bahía de Algeciras bajo ocupación cartaginesa al menos desde el s. IV a. de C. (F. López Pardo; J. Suárez Padilla, 2002: 137). En la zona del foro se evidencian tipos constructivos del norte de África. El control directo de esa localidad por Cartago es innegable pues a nadie se le escapa la importancia estratégica de la bahía de Algeciras en el canal del Estrecho de Gibraltar para cualquier potencia que aspire a dominar el Mediterráneo occidental.

los agentes de Cartago en la zona, que en la práctica pudieron monopolizar los intercambios mercantiles más allá del canal del Estrecho.

En la orilla africana del Estrecho, Rusaddir también resulta ser una localidad de la órbita cartaginesa entre los siglos V-III a. de C. (N. Villaverde Vega, 2002: 1859-1860). La idoneidad de este puerto para facilitar la navegación entre Cartago y Cartagena justifica, sin gran dificultad, su inclusión dentro de la estrategia púnico-cartaginesa desplegada en el área del Estrecho y Levante peninsular.

Además, también es posible suponer que Rusaddir fuera un puerto potenciado, en detrimento de las navegaciones atlánticas, para atraer el flujo comercial de recursos naturales y ganaderos vía terrestre, aportados por los nómadas trashumantes desde el interior continental entre primavera, verano y otoño, cuando atravesaban el curso de los ríos Draa y Muluya, buscando el pasto de sus ganados (fig. 7).

Mientras, el resto de los enclaves mediterráneos de la costa norteafricana del Estrecho, en la zona rifeña y de Gomara, desaparecen u ofrecen muy leves indicios de frecuentación durante el periodo cartaginés, como es el caso de algún resto de cerámica ática localizada en el solar de Tamuda (M. Habibi, 1998: 84).

En la costa atlántica africana e islas atlánticas es donde mejor se evidencia la intención cartaginesa de despojar a Gadir y al templo de Melqart de su otrora protagonismo regional. Los cartagineses se explayan pregonando, a bombo y platillo, la exploración y colonización de las costas e islas del norte de Europa y de la Mauritania occidental a fines del s. VI o comienzos del V a. de C.³⁴.

El Periplo de Himilcón, cuya noticia recoge Avieno (*Ora marítima*, 115-130), seguramente justifica la intención de Cartago para controlar el aprovisionamiento de cinc y estaño de las Islas Oestrumnidas (¿Casitérides?), ¿Islas Scilly o bien Irlanda o Gran Bretaña? Su actuación fue una suplantación de las exploraciones y expediciones comerciales desplegadas por los fenicios occidentales en la Europa atlántica desde comienzos del primer milenio a. de C.

También en relación con los intentos fenicios de circunnavegar África en tiempos de Neco o Neco II. Una mención indirecta supone que los cartagineses lleva-

³⁴ Los peligros y dificultades de la ruta atlántica son descritos por los cartagineses como descubridores de una ruta marítima que hoy se evidencia trazada y practicada siglos antes por tartesios y fenicios de Occidente. De otra parte, los cartagineses tratarán de justificar la colonización cartaginesa de la costa mauritana, donde existían localidades como Lixus cuya fundación remontaba al siglo XI a. de C.

ron a cabo la circunnavegación de África (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 62-63), aunque se desconoce todo lo relativo a esa expedición.

De otro lado, el Periplo de Hannón en una lápida depositada en el templo de Baal Amón de Cartago, de la cual se conoce copia en el *Codex palatinus Graecus* 398, fols. 55r-56r de Heidelberg. Fue una navegación cartaginesa, exploratoria y colonizadora, que discurrió paralela a la costa africana y que seguramente llegó hasta el Golfo de Guinea. Por la descripción que hace del monte de una isla con actividad volcánica, puede suponerse que discurriera por aguas de Canarias (cfr. A. Chausa Sáez, 2004: 830, nota 4), fuera el Teide u otros volcanes a veces activos.

Según Estrabón (*Geogr.* XVII, 3,3) el Periplo de Hannón trasplantó 30.000 colonos y fundó 300 establecimientos en la costa africana. Como es imposible que un viaje justifique la colonización súbita de la costa, esta afirmación quizás traduce la suplantación cartaginesa de los antiguos enclaves fenicios del “Círculo del Estrecho”.

La exclusividad que durante este periodo ejerció Cartago en el océano Atlántico aparece también en un pasaje de Estrabón (*Geogr.* XVII, 1, 19), cuando, citando a Eratóstenes, afirma que si “algún extranjero intentaba navegar hacia Sardó (Cerdeña), o por las Columnas [de Hércules], era abordado y hundido por los cartagineses”.

También, a propósito de las islas atlánticas, cabe destacar las citas de Pseudo Aristóteles (*De. Mir. Ausc.* 84) y Timeo, citado por Diodoro Sículo (V, 20, 3-4) en A. García Bellido (1953: 226-227), sobre el descubrimiento accidental de una isla en el océano por “naves fenicias” (¿gadiritas?), que Cartago ordenó abandonar con la excusa de que podían ocuparla “los etruscos” (en alusión a los romanos). De este modo se advierte que reprimieron cualquier iniciativa colonial que no fuera propia.

La propaganda cartaginesa contrasta con la precaria entidad arqueológica del periodo en los enclaves costeros de la Mauritania occidental, según los datos reunidos por M. Habibi (1998: 74-84) que, paradójicamente, supone una grata adopción de la hegemonía cartaginesa por el medio local³⁵. Sin embargo, la rareza de los materiales cartagineses localizados no sólo deduce un bajo nivel de intercambios comerciales entre estos centros

³⁵ Según afirma este autor (íd., p. 75) la llegada de los cartagineses [a la Mauritania occidental] “semble être de moins pacifique; et pourquoi pas; peut-être même désirée par les populations locales”. Por ello, aunque el tema y la documentación aportada resulta en su conjunto novedoso, la interpretación que traduce supone un prejuicio subjetivo, que no explica la mínima expresión del registro atestiguado en comparación con las etapas precedentes y subsiguientes a nivel regional.

y el Mediterráneo central, sino también traduce una cierta atonía derivada de una merma de las expectativas económicas locales.

La actividad económica del “Lqx” entre los siglos V-III a. de C. parece en consecuencia limitada. Entre las localidades de la costa mauritana, Quas y Lixus, consumen vajillas facturadas en Gadir (A. M.^a Niveau de Villedary y Mariñas, 2004: 268 y 271). Podemos deducir que ambas localidades púnicas del Estrecho continuaban estando mejor relacionadas con Gadir.

Banasa, en el valle del río Sebú, sería una localidad creada a fines del siglo V o inicios del siglo IV según S. Girard (1984: 86)³⁶. En esa localidad existe un barrio industrial con alfares, seguramente destinados a satisfacer la demanda meridional. Las formas helenísticas que produce tienen el “aire de familia” de Gadir y los tipos ibéricos manifiestan el origen peninsular de los alfareros que las producen o de las gentes que las consumen (aunque la cronología de estas producciones está por precisar).

Sin embargo, el mejor ejemplo de atonía de la costa mauritana es Mogador, que resultaría desocupado o raramente frecuentado desde mediados del siglo VI (F. López Pardo; M. Habibi, 1998: 57), dato que nadie ha relacionado con la incidencia negativa de la implantación cartaginesa en la zona. La frecuentación que se conoce es esporádica y de baja intensidad entre el último tercio del siglo V y el siglo III a. de C., atestiguada por fragmentos de ánforas Mañá-Pascual A4 del “Círculo del Estrecho” y otro de ánfora cartaginesa Mañá D de la segunda mitad del III a. de C. (F. López Pardo; A. Mederos Martín, 2008: 313-314; A. El Khayari et alii, 1998: 67, 73, fig. 5/62).

Hemos aludido a la alternativa terrestre a las navegaciones atlánticas, que consistiría en el corredor establecido por los cursos de los ríos Draa y Muluya, enlazados en sus fuentes. De ese modo, los recursos de la Getulia, del Alto Atlas y del Tafilalet, e incluso las mercancías acaparadas desde otros ámbitos más meridionales, podían acceder hasta la mediterránea Rusaddir, bajo dominio cartaginés, y por eso cabe suponer que tal ruta, practicada por los nómadas, fuera potenciada por Cartago, lo cual explica la inactividad de Mogador y el limitado dinamismo económico de la costa atlántica mauritana en ese período.

El abandono de Mogador, próximo a Canarias, ofrece un indicio objetivo de la recesión de contactos que pudo verificarse en el entorno del archipiélago. Entre las ánforas del litoral canario, exceptuando los fragmentos

³⁶ En nuestra opinión, en ese yacimiento, como en otros centros estratégicamente situados de la costa atlántica y cauces fluviales, todavía no se han localizado los niveles fenicios de época arcaica.

fosilizados de La Graciosa de época fenicia, no se atestiguan ejemplares con anterioridad a la mitad del siglo II a. de C. (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 242).

Sólo el yacimiento de Buenavista (Lanzarote), ocupado entre el último tercio del siglo VI y el último tercio del IV a. de C. (P. Atoche Peña et alii, 2010: 20-22), ofrece algún indicio del periodo cartaginés si se valora un posible borde de ánfora Mañá-Pascual D (P. Atoche Peña; M.^a Ángeles Ramírez Rodríguez, 2011: 161-162).

La “media” de secuencias cronológicas en distintos yacimientos canarios (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 43-45) que permite deducir la incidencia de fases contemporáneas de la hegemonía cartaginesa, al reducir el espacio temporal calibrado, ha podido implicar cierta distorsión sobre la efectiva entidad del periodo, pues muchas hipótesis se han formulado sugiriendo influjos cartagineses en las islas.

6. LA ECLOSIÓN DE LAS HESPÉRIDES (SS. II - 1^{ER} CUARTO I A. DE C.)

El fin de la presencia cartaginesa en el área del Estrecho, debe situarse en el contexto de la II Guerra Púnica contra los romanos (218-201 a. de C.). La derrota militar de Cartago en la Península Ibérica fue total a partir de 206 a. de C., cuando Escipión venció en Ilipa (Alcalá del Río, Sevilla) a las tropas cartaginesas comandadas por los generales Asdrúbal y Magón. Esa situación, que implicaba la caída inminente de las posesiones de Cartago en la Península Ibérica, seguramente despertó los viejos rencores acumulados por el sometimiento gadirita a los intereses cartagineses, en detrimento de su prosperidad (N. Villaverde Vega, 2001: 42, nota 27).

Los sufetes de Gadir y el tesorero (¿del templo de Melqart?) trataron secretamente con Escipión la entrega de la ciudad a los romanos, pero una vez descubiertos por los cartagineses los magistrados gadiritas fueron crucificados. No obstante, meses más tarde, cuando el general cartaginés Magón se embarcó con destino a Ebusus (Ibiza), sin billete de vuelta, Gadir que era la capital implícita del “Círculo del Estrecho” y fundación tiria como Cartago, en 206 se pasó al bando romano (W. Huss, 1993: 264-267).

La adhesión incondicional de Gadir a Roma, antes de finalizar la Segunda Guerra Púnica, fue notablemente recompensada por la potencia latina. Gadir fue considerada ciudad foederata, pacto que implicó el respeto de sus instituciones y de su soberanía. Además, Gadir firmó con L. Cornelius Lentulus, procónsul en Hispania (206-200 a. de C.), un pacto de hospitium en 206 a. de C. en virtud del cual este dignatario asumía la defensa de los intereses gadiritas en el Senado romano (A. García Bellido, 1953: 488).

En 201 a. de C., tras la victoria de Roma sobre Cartago, Gadir recupera unas expectativas inusitadas de desarrollo económico. Durante los siguientes cinco siglos protagonizaría intensas relaciones mercantiles con el resto del Mediterráneo Occidental, esencialmente con Roma e Italia meridional (Estrabón, *Geogr.* III, 2, 6; III, 5, 3)³⁷. En consecuencia los gadiritas se implican de nuevo en la dinamización económica del Estrecho.

En la costa mediterránea de la Mauritania occidental, se reactivan determinados centros urbanos que, a imagen de Gadir, mantienen cierto grado de autonomía política respecto a Roma o al reino mauritano, si se valora la emisión de monedas locales.

Rusaddir conoce un súbito auge del poblamiento y de su dinamismo económico a inicios del siglo II a. de C. (N. Villaverde Vega, 2004: 1860-1863); en el yacimiento de Plaza de Armas a partir de esas fechas se observa un ambiente religioso y ritual similar a las tradiciones gadiritas (A. M.^a Niveau de Villedary y Mariñas, 2006: 42-64, nota 93). En ese periodo se advierten materiales gaditanos y costumbres gastronómicas de origen peninsular³⁸.

Otra localidad mediterránea potenciada en ese periodo es Tamuda (Tetuán) en el Valle del río Martil. Durante el siglo II a. de C. atestigua un auge considerable del desarrollo edilicio y del registro arqueológico, predominando datos relacionados con la influencia o presencia gadirita (M. Tarradell Mateu, 1956: 264-267).

La reactivación se advierte en el complejo de templos en Lixus, prácticamente abandonado entre los siglos V y III a. de C., que desde el siglo II a. de C. conoce una grandiosa remodelación determinada por la construcción del gran ábside del templo H (H. G. Niemeyer, 1989: 45-57) quizás dedicado al dios Melqart-Sms.

En Lixus el 70% del material rescatado, datado entre el siglo II a. de C. hasta mediados del siglo I de C., corresponde a centros de ambas orillas del

³⁷ La llegada de vajillas campanienses A y B del entorno de Nápoles que se difunden durante el siglo II es frenada inicialmente por las vajillas regionales del Estrecho “tipo Quas”, facturadas mayoritariamente en Gadir y su entorno. También como prueba de esos contactos se difunden las ánforas vinarias greco-italicas en ambas orillas del Estrecho.

³⁸ Al margen de monedas de Gadir y vajillas tipo Quas, otra evidencia derivada es la preferencia de los caracoles “cabrilla” (*Otala punctata* y *Otala lactea*) a partir del s. II a. de C. de Plaza de Armas. En niveles de época cartaginesa el caracol consumido es “vaqueta” o “caracol blanco” (*Cryptomphalus aspersus*) de concha blanca o beige y concha mediana o pequeña. Los caracoles “cabrilla” se difunden por el este y sur de la Península Ibérica, sur de Francia, Baleares y suroeste de Argelia, incluso en la actualidad son predilectos para guisos con caracoles en Cádiz y su provincia.

Estrecho. De forma complementaria durante el mismo periodo se atestiguan intercambios mercantiles intermediterráneos con el sur de Italia, área de Cartago, Tripolitania y Grecia (H. Bonet Rosado et alii, 1995: 87-153; H. Bonet Rosado et alii, 2001: 51-71).

Para incidir en el flujo de poblaciones de la Península Ibérica, que participen durante este periodo en la dinamización de la orilla sur del Estrecho, podemos aludir a las denominadas fases “mauritanas” y “púnico-mauritanas”³⁹ que paradójicamente en Lixus se definen con kalathoi de procedencia ibérica (id.: 56-57, fig. 3).

Estas piezas ibéricas no son exclusivamente objeto de intercambios comerciales, sino utensilios rituales, como un kalathos en la UE 2005-159 (id.: 57-59, fig. 4) del cual se afirma “ocupa una cista fundacional bajo el edificio púnico-mauritano...construida con lajas de piedras y tapada con tres losas, fue depositado el katathos, una cuenta de collar, restos de animales domésticos, semillas de vid, cereales y plantas silvestres”, también se admite que es una “ofrenda del depósito fundacional de la construcción del nuevo sector urbanístico de la ladera S de Lixus”. Todo ello indica un ritual relacionado con colonos de origen ibérico que se instalan en Lixus, sin duda dinamizada o relacionada con centros portuarios peninsulares durante ese periodo.

También se advierte la dinamización ejercida por Gadir y también por Lixus (Templo de Melqart-Shms⁴⁰) a través del numario difundido en la costa y del interior africano (F. Chaves Tristán; E. García Vargas, 1991: 139-168). Las piezas mejor representadas en los puertos de Banasa y Tha-

³⁹ La etapa comprendida entre los siglos II a. de C. a mediados del I de C., en estas ciudades de origen fenicio se denomina a veces “mauritana” por la consolidación del reino mauritano una vez desaparecida la dominación cartaginesa del país. También púnico-mauritana según la definición de M. Tarradell (1959, 33; 1960). No obstante, esas atribuciones deben matizarse pues tales localidades continúan evidenciando una idiosincrasia socio-cultural fenicia o púnica del Estrecho, como Lixus, pues no es posible suponerla una localidad “indígena”, si tenemos en cuenta además su total autonomía política y económica con respecto al reino mauritano. De igual modo que no designamos a Gadir como ciudad púnico-ibérica o ibérica, sino como centro fenicio o fenicio-púnico del Estrecho. Ambas localidades, desde el siglo II a. de C., son centros socio-culturalmente semitas o mejor cosmopolitas y se insertan en un progresivo proceso de romanización, determinado por la hegemonía política de Roma en la zona.

⁴⁰ Recientemente se plantea que las acuñaciones de SmsH, muy abundantes en distintos centros del país, no estén relacionadas con el templo de Lixus-SmsH, sucursal del templo gadirita en la orilla mauritana, sino con una localidad desconocida en el entorno de Alcázarquivir pero no existen razones objetivas para admitirlo. Sobre las monedas de SmsH de Lixus-SmsH, cfr. J. Alexandropoulos (1989: 250-254).

musida son de Gadir, en Volubilis al interior las monedas de Lixus-Smsh aparecen mejor representadas y en segundo plano las de Gadir (J. Marion, 1967: 100-101; N. Villaverde Vega, 2001: 536, nota 14).

Sala, puerto en la desembocadura del río Bu Regreg, también conoce una importante fase de expansión económica y edilicia durante el siglo II a. de C. (J. Boube, 1959/1960: 142). También en esta última localidad las monedas mejor representadas durante este periodo son de Gadir (J. Boube, 1989: 260).

Por último, descendiendo por el litoral, se recupera el islote de Mogador en una fase atestiguada con tipos cerámicos del Estrecho quizás producidos en Quas, Banasa o en la bahía gaditana, durante la Segunda Guerra Púnica. También se procede a la construcción de una cisterna de “tipo púnico” (F. López Pardo; A. Mederos Martín, 2008: 314) que podría matizarse “gadiritá”. Esas evidencias permiten suponer que la recuperación de Mogador se llevó a cabo cuando Gadir se desentendió de la órbita política de Cartago. La ocupación de ese lugar recupera la dinámica intensiva que hemos atestiguado en época arcaica, desde entonces y al menos hasta mediados del siglo I. de C.

En definitiva, las localidades del Estrecho y de la costa atlántica africana cuyo origen remontaba al panorama fenicio de Occidente, parecen recuperar el dinamismo económico que las había caracterizado antes del dominio cartaginés, reimpulsando la coordinación de ambas orillas en un proceso mercantil de vocación mediterránea⁴¹.

El auge de la frecuentación de Canarias en la tesitura económica expansiva de la época se deduce por varias razones. En primer lugar abundan los datos literarios (J. Álvarez Delgado, 1945) que afirman las exploraciones y contactos con el archipiélago desde el siglo II a. de C., momento al que remontan las noticias de Eudoxo y Sertorio, recogidas por Posidonio (A. Santana Santana, T. Arcos Pereira, 2006: 90-97).

Sobre la frecuencia estacional de los contactos con las Islas Canarias,

⁴¹ Tradicionalmente se ha supuesto el auge del país a la actuación política de Iuba II, sin negarlo es posible que ese planteamiento no tenga en cuenta otros factores. En primer lugar las cerámicas gaditanas tipo “Quas” frenaron las producciones campanienses del siglo II, por esa razón los niveles arqueológicos de los establecimientos salazoneros del país se han datado con vajillas de mesa mejor difundidos durante el siglo I. a. de C. Es posible que la reactivación de la industria salazonera pueda retrotraerse a momentos coetáneos del siglo II a. de C. aunque su eclosión en el siglo I a. de C. está mejor relacionada con los privilegios fiscales otorgados por Julio Caesar a Gadir/Gades, luego confirmados por Augusto, como una concesión a sus firmes aliados los Balbii, cfr. *Del cénit al Ocaso*, infra.

debemos a la intuición del gran maestro que fue A. García Bellido (1945: 220-223) la identificación del río Lixos citado por Estrabón (*Geogr.* II, 3, 4), con la desembocadura del río Draa frente al archipiélago canario, en un sugestivo pasaje que tomó prestado de Poseidonios sobre las hazañas de Eudoxos de Cícico, que extractado dice literalmente:

[los gadeiritai].....usaban otros [barcos] más pequeños propios de las gentes pobres a los que llamaban "hippoi", por el mascarón de sus proas⁴²; con ellos pescaban a lo largo de las costas de Maurousía hasta el río Lixos.

Ello quizás explica los grabados rupestres en El Cercado (Garafía, La Palma) (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 94-97). Con menor nitidez, aunque también en la línea descrita, existen otros ejemplos en Barranco Hondo (Tenerife), Barranco de Tijonay (Fuerteventura) y Barranco de Balos (Agüimes, Gran Canaria) (R. González Antón; M^a. C. del Arco Aguilar, 2007: 78-91).

Quizás el motivo principal de estas navegaciones fuera el aprovechamiento de los recursos pesqueros del banco canario-sahariano de gran riqueza piscícola, aunque debemos mantener esta vertiente económica en el plano de las hipótesis por la ausencia, hasta el presente, de instalaciones salazoneras estables tanto en Canarias como al sur de Sala, aunque Mogador, punto centralizador del comercio en la zona, reunía condiciones para contar con esa industria.

Sobre la llegada de navegantes a Canarias, es ilustrativa la noticia de Plutarco (*Vida de Sertorio*, VIII, 3, 4, 5. Ed. R. M^a. Aguilar; L. Pérez Vila-tela, 2004: 61-62) sobre el general Sertorio en Hispania (80 a. de C.), que describe como oyó hablar a unos marineros que habían regresado de las Islas de los Bienaventurados poco antes... Describe dos islas cuyas distancias expresadas y las características geográficas antiguas corresponden con Lanzarote y Fuerteventura, ambas habitadas por "bárbaros" aculturados, pues sabían que el mito helenístico de los Campos Elíseos se situaba en esas dos islas (A. Santana Santana et alii, 2002: 193-197), lo cual, como antes hemos señalado, parece indudable por ser tal nombre derivado de Elisá = Lqs.

El hallazgo de pecios en el litoral isleño atestigua el bogar de las navegaciones en el archipiélago remontando al siglo II a. de C. La fecha más temprana corresponde a un ejemplar Dressel 1A, localizado en la cala de El Pris (norte de Tenerife) que puede datarse entre 175-110 a. de C., o en

⁴² En griego "caballos", por el mascarón de proa con forma de cabeza de ese animal.

otros contextos 130-50 a. de C. (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 237. Anf. 18, 242).

Otro hallazgo arqueológico es una acuñación con leyenda neopúnica de Ituci (Tejada la Nueva, Huelva) o Eborra (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz). Esa moneda de fines del siglo III o comienzos del II a. de C. fue localizada en Guamasa (La Laguna, Tenerife) (A. Mederos Martín, 2008: 372-374), lo cual quizás se inscribe en la difusión de monedas de la Península Ibérica en la costa africana del Estrecho (id., 2002A: 98) que traduce la participación de trabajadores de origen hispano en labores estacionales⁴³.

Inscripciones con caracteres latinos, semejantes a la cursiva pompeyana, pudieran estar relacionados con este periodo. En la misma línea, se discute el símbolo localizado en el Pozo del Rubicón (Lanzarote) atribuido a la “diosa Tanit” (M^a. C. del Arco Aguilar et alii, 2000B: 45-52), que es una advocación de Astarté⁴⁴.

En efecto, la reactivación de las actividades económicas gadiritas en el Atlántico norteafricano desde el siglo II a. de C., que implica la contemporánea reexploración y explotación de Canarias, permite suponer la traslación de las veneraciones del ámbito del Estrecho hasta los confines insulares, en algunos casos superpuestos a posibles ecos derivados de la primitiva presencia fenicia.

La expedición científica impulsada por el rey mauritano informa que algunas islas estaban dedicadas a la diosa romana Iuno. Sincretización romana de Astarté o Venus Marina (N. Villaverde Vega, 2001: 55-56), lucero del alba entre los navegantes, porque al atardecer ese planeta luciente referencia la dirección del oeste.

Entre el corpus de indicios relacionados con la presencia antigua en las Islas Canarias, elaborado por F. López Pardo y A. Mederos Martín (2008:

⁴³ Caso de Septem Fratres (Ceuta) donde se han localizado monedas de: Malaca (5), Gades (4), Carteia (3), Carmo (1), Ilipa (1), Carthago Noua (1), Castulo (1), Caesar-augusta (1), Bilbilis (1), Emerita (1) (cfr. E. Gozalbes Cravioto, 1987: 1062); cfr. Los pasadores iberorromanos en forma de T, son más concluyentes de la entidad étnica de estos trabajadores eventuales, cfr. N. Villaverde Vega (1993: 399-418).

⁴⁴ Asociada con triángulos, rosetas, estrellas, palmeras, o animales como la abeja, perro, delfín, además de símbolos de la tierra, el mar y la bóveda celeste, compartidos con otras diosas mediterráneas de la vida y de la muerte, de la naturaleza y de la fecundidad (N. Villaverde Vega, 2001: 56). Partidario de su relación con el ámbito de la religiosidad libyca o con Baal Amón, cfr. A. Tejera Gaspar; M.^a E. Chávez Álvarez (2006: 175-194). Hay quien supone que el símbolo identificado en El Rubicón era una marca de cantero, pero no se aportan más datos que corroboren la construcción moderna.

352-374), parece convincente la mención de Plinio (*H. N.*, VI, 202) sobre la identificación de un templo o aedes “construido en piedra” en una de las dos islas denominadas “Iunonia”, que pudiera consistir en un recinto a cielo abierto o témenos.

Esos lugares estaban destinados a centralizar los intercambios mercantiles y a garantizarlos bajo el amparo de una presencia sacra, representada por un betilo o “piedra” de gran tamaño (F. López Pardo; A. Mederos Martín, 2008: 182-186, fig. 6.3) y si tenemos en cuenta que la fuente informante remonta al siglo I de. C., no cabe duda de que estaría reflejando un panorama previo a la exploración de Iuba II⁴⁵.

“Canaria” recibiría ese nombre latino por la presencia de “grandes canes” en la isla, y según Plinio llevaron dos perros a Iuba II, supuesta raza autóctona de cánidos, que el registro arqueológico de las islas no confirma⁴⁶. En ese sentido, entre otras explicaciones, se ha valorado la previsible abundancia de focas monje⁴⁷ o “lobos marinos” en las costas canarias durante la antigüedad. El nombre científico del lobo “*Canis lupus*” aplicado al animal marino parece más convincente para el nombre de la isla que otra hipótesis que la relacionaría con los Canarii, una tribu bereber del Alto Atlas (J. J. Jiménez González, 2005: 23-28).

Quizás, sobre los “canes” cabe una explicación más compleja. El perro era un animal consagrado a la diosa Astarté (S. Ribichini, 2000: 55-68)⁴⁸, por ello la masiva presencia de “lobos o canes marinos” en las costas, habría sido de inmediato reconocida como un augurio favorable en la mentalidad religiosa de los marineros del Estrecho. Si se valora que Astarté / Venus Marina, recibió culto principal en Gadir (*Avieno, Ora marítima*,

⁴⁵ El indudable conocimiento de la zona, las denominaciones geográficas y menciones sacras en cada isla, advertidas en el momento de la expedición de Iuba II, sugiere que la exploración había sido preparada y se desarrolló con derroteros de épocas precedentes.

⁴⁶ Arqueológicamente se han atestiguado perros, en escaso número y de entidad pequeña y mediana.

⁴⁷ La foca monje o lobo de mar mantuvo como hábitat los promontorios e islas del Extremo Occidente entre el canal del Estrecho e Islas Canarias. Quizás a Iuba II le llevaron las pieles de dos focas. Las colonias residuales de estos animales hoy se reparten aisladas entre la costa de Melilla y el Sahara.

⁴⁸ El perro era un animal asociado a los fieles de Astarté, como parte de los cultos de fertilidad y en los oráculos, en los que desempeñaban un importante papel sus hieródulos denominados “klbm” literalmente “canes”. En la necrópolis del cerro de San Lorenzo al este de la antigua Rusaddir (Melilla), se localizaron respectivos askoi de cerámica con forma de delfín y de perro, ambos animales consagrados a la diosa Astarté cuyo culto era el principal de la localidad, cfr. N. Villaverde Vega (2002).

vv. 314-317) y que era la advocación común de los cabos, promontorios e islas del Estrecho, podemos deducir un nuevo argumento para suponer que la identificación de “Canaria” junto a las otras islas de la diosa, definía los hitos suroccidentales del ámbito de actuación exclusiva del “Círculo del Estrecho”.

El nombre latino de Canarias, derivado sin duda de la isla canaria, se impondrá avanzado el periodo romano cuando Arnobio, hacia el año 300 d. C., lo utiliza para designar al conjunto del archipiélago (M. Martínez Hernández, 2005: 55).

Otro indicio que quizás debemos relacionar con este periodo procede del hallazgo de algunos fragmentos de vajillas a torno en Rosita del Vicario⁴⁹ (Antigua, Fuerteventura). Ese yacimiento, según las dataciones radio-carbónicas llevadas a cabo, se situaría en el periodo medieval⁵⁰, no obstante, el conjunto de cerámicas recogidas en superficie permite atestiguar formas medievales y modernas que por lo menos atestiguan la ocupación intensiva del lugar hasta el siglo XVI.

Entre los materiales revueltos se aislaron escasos fragmentos de vajillas a torno, con pastas anaranjada tostada y engobes depurados, decorados al interior con un tosco bruñido a listas, cuyas características pueden ser paralelizables con producciones de la antigüedad⁵¹ que hemos valorado

⁴⁹ El contexto arqueológico y bibliográfico del yacimiento ha sido elaborado por el equipo de arqueólogos del O. A. Museos de Tenerife y del Departamento de Prehistoria de La Laguna, que procedió a los trabajos sobre el terreno y se presenta en las mismas Jornadas. El peritaje de las cerámicas allí localizadas fue confiado a quien suscribe estas líneas. Entre el conjunto destacaban pocos fragmentos de platos con borde ganchudo y bases de pie triangular y algún fragmento de paredes finas cuyas formas recuerdan tipos ibéricos y helenísticos. Lo cual nos llevó a valorar, como hipótesis, su posible atribución antigua. Sin embargo, sólo el avance de la investigación sobre estas producciones permitirá confirmarlo o desestimarlos.

⁵⁰ GrA- 38940: 620±30 BP = 1320 d. C. (1292 de C. – 1390 de C.), información que debemos a la Dra. D.^a M.^a C. del Arco Aguilar.

⁵¹ La producción de vajillas a torno, con barros depurados de color rojo y anaranjado está atestiguada entre época antigua y moderna. Por ello, si nos atenemos exclusivamente a las características de pastas y engobes, no es posible deducir su cronología. Con las debidas precauciones, no conocemos formas de época moderna que puedan identificarse con los tipos detectados en Rosita del Vicario. Sobre tipos de pasta naranja micácea y roja con incrustaciones de feldespato de los siglos XV-XVIII en el Bajo Guadalquivir, difundidos en territorios de la corona hispánica, cuya tipología se ha consultado cfr. F. Giles Pacheco et alii; (1997: 62-64); y F. de Amores Carredano; Nieves Chisvert Jiménez (1993: 269-235). Otra posibilidad, a valorar con análisis de pasta, puede ser su relación con los denominados “barros pedrados, alemtejanos

hipotéticamente hasta que nuevos hallazgos, análisis de pastas o dataciones con métodos científicos, permitan ajustar su origen y cronología con mayor precisión.

Si tenemos en cuenta la similitud de pastas y engobes rojizos sobre bordes de platos, cuencos y fuentes, es posible suponer que esas piezas fueran producidas en un único alfar, aunque no sucede así con las de paredes finas, también de pasta rojiza pero cuyas características responden a otra técnica más depurada.

La proyección de vajillas de tipo helenístico imitadas localmente en alfares de la costa atlántica norteafricana desde el s. II a. C., quizás debe relacionarse con las factorías y emporiae estacionales para la extracción de recursos y comercio durante el periodo primaveral, estival y otoñal, apto para la navegación. Es posible suponer que los alfareros que fabrican tipos similares en Gadir/Gades y entorno, se desplazaran hasta otras localidades portuarias caso de Quas (Kuass) (fig. 8) y otros centros de la costa mauritana como Banasa (fig. 9) en la cuenca baja del río Sebú.

No obstante, aún está por demostrar y detectar la difusión de estos productos locales en su entorno geográfico inmediato.

Sin embargo, la implicación de la isla de Fuerteventura en este proceso de contactos económicos, más o menos esporádicos, durante la antigüedad, parece evidente, aunque aún no está confirmado a nivel arqueológico. Aunque los hallazgos arqueológicos antiguos detectados en la isla de Lanzarote, en La Graciosa y sobre todo en la vecina islita de Lobos así lo sugieren (noticia esta última que debemos al equipo del Museo de Tenerife que allí trabaja, dirigidos por la Dra. D.^a M.^a del Carmen del Arco).

Teniendo en cuenta que en Fuerteventura, por toda la superficie de la isla, se evidencian abundantes muestras de Thais haemastoma, tanto en la proximidad de Rosita del Vicario, como en el lugar de Llano de la Cancela en el Barranco de la Torre (Antigua) (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2006: 82), parece posible proponer que la Caleta de Fuste o las Salinas del Carmen, enclaves costeros en su proximidad, fueran frecuentados en ese periodo antiguo.

Por último, un hallazgo en la isla más septentrional de las Azores, atestiguaría la amplitud de la dinámica comercial del “Círculo del Estrecho” en

o extremeños”, producciones de los siglos XVI y XVII que mantienen técnicas productivas remontando a la antigüedad. Cfr. J. A. Calero Carretero (2009: 75-100); M. A. Alba Calzado (1996: 489-502). El problema estriba en la “hipotética comercialización” de estas producciones locales extremeñas o alentejanas en las Islas Canarias, si bien la proximidad de la isla de Madeira, permite plantear la llegada, puntual e indirecta, de cerámicas portuguesas en Fuerteventura.

el océano Atlántico, tras el periodo de dominación cartaginesa en Occidente, pues así cabe interpretar el hallazgo de monedas de leyenda púnica en la isla de Corvo, cuya datación se sitúa entre fines del siglo III o comienzos del siglo II (W. Huss, 1990: 40).

El vacío de poder en el área del Estrecho tras la Segunda Guerra Púnica, contrasta con el auge de la monarquía mauritana, seguramente beneficiada en el contexto de desarticulación de la dominación púnico-cartaginesa⁵². El primer monarca conocido, Baga, aparece en escena el año 204 a. de C. para contribuir, con mayor énfasis, a la ruina cartaginesa⁵³, enviando contingentes de apoyo a Escipión (G. Camps, 1980: 80).

Las jefaturas indígenas habían sido tradicionalmente potenciadas por el medio colonial desde su irrupción en Occidente, pues necesitaban interlocutores del país para asegurar la estabilidad de las amplias zonas del interior continental, montañas y límites semi-desérticos, que aseguraran el drenaje de los recursos del país con regularidad.

Desde el momento en que los romanos ejercieron su hegemonía en el Mediterráneo occidental, debemos suponer que la trayectoria política de los reyes mauritanos se supeditó al interés del senado de la República⁵⁴, pero teniendo en cuenta las luchas desatadas entre los distintos líderes y facciones que lo componían, debieron optar alternativamente por una dinámica de alianzas inestables. De otro lado, al margen de la férula de los monarcas mauritanos, en los confines más remotos persistieron tribus y gentes como gétulos y farusios, ahora tan pobres como belicosos⁵⁵.

Durante este periodo hay que suponer que las relaciones establecidas entre Gadir y la monarquía mauritana pudieron desenvolverse con fases

⁵² Las potencias coloniales de la antigüedad se consideraban con derecho a designar y potenciar los reyes entre las jefaturas tribales del país (R. Rebuffat, 1995: 23-33) y es posible que de ese modo surgiera la dinastía mauritana, por tanto es posible suponer que los dinastas mauritanos, de existir en esa época, se habrían mantenido subordinados asumiendo las directrices de Cartago.

⁵³ Sólo dos años después que Gadir se hubiera liberado de la tutela cartaginesa y obtuviera su privilegiada alianza con Roma.

⁵⁴ Los dinastas y sus familias serían privilegiados con el acceso a la formación “civilizada” e incluso de la ciudadanía romana, que reforzaba su preeminencia social y aseguraba su afinidad con el medio colonial, en este caso de la metrópoli.

⁵⁵ Los gétulos relegados en la más profunda periferia, extendida entre la costa atlántica hasta la franja meridional del actual Túnez, significaron una constante amenaza sobre las zonas sedentarizadas hasta los primeros siglos de la era (M. Coltelloni-Trannoy, 1997: 47). Del auge que conocieron en época fenicia, pasaron al más profundo declive cuando los cartagineses monopolizaron los intercambios de Occidente.

de colaboración y otras de desacuerdo, llegando incluso al enfrentamiento. Si la caída cartaginesa había sido un factor favorable para ambos, también es cierto que el exhaustivo control económico que Gadir ejercería sobre el país entre los siglos II y I a. de C. pudo provocar serias controversias con los monarcas mauritanos, que se veían comprometidos en conflictos externos como la guerra de Yugurta y guerras civiles romanas, y también sometidos a intentos de usurpación o secesión, como la provocada por Ascalis, aspirante a crear un reino independiente en Tingi durante el año 80 a. de C.

Lo cierto es que en el 38 a. de C. el rey Bogud de Mauritania, aliado de Antonio y Cleopatra, comenzó el asedio de Gadir/Gades y de su templo. Mientras Gadir acertó en su apuesta y se situó en el partido de Octavio, hijo adoptivo de César.

El asedio de Bogud no prosperó (Porphyrius, *De Abst.* I, 25, citado por A. García Bellido, 1953: 551) y el rey tuvo que abandonar la Mauritania occidental para refugiarse con Antonio en Oriente. La Mauritania occidental pasó a ser incluida en el reino de su hermano Boco II, que tras el año 33 a. de C. dejó a Octavio la responsabilidad del futuro del país.

7. DEL CÉNIT AL OCASO (S. I A. DE C.–PRIMERA MITAD S. V DE C.)

Dentro del sistema colonial antiguo, la romanidad como cultura helenística no sólo asumió la conciencia ética y filosófica de Grecia, sino también la dinámica mercantil del oriente mediterráneo. Por ambas razones su estructura cultural no era estática, sino más bien centrada en la globalidad⁵⁶ y en la dinámica de gentes e ideas de todo tipo. Su estabilidad, supeditada a tesituras políticas o económicas cambiantes, determinaría a la larga un gran desgaste, aunque el modelo administrativo, legislativo y socio-cultural del Imperio romano trascendería impoluto hasta la actualidad.

La hegemonía romana sobre el área del Estrecho de facto no se hizo realmente efectiva hasta el año 78 a. de C., cuando los romanos obligaron a Gadir/Gades (la actual Cádiz) a renovar el foedus que reafirmaba la maiestas del Estado romano sobre sus propias instituciones autónomas, lo cual implicaba su sometimiento de facto a las normas jurídicas y religiosas romanas (L. Callegarin, 2002: 26-28).

⁵⁶ Consciente de las limitaciones estratégicas del amplio territorio controlado por el Imperio, su estructura política estaba sustentada en la superioridad táctica frente a los “bárbaros”, pero sobre todo en la gestión de los recursos culturales integradores generados por la civilización mediterránea, sin imponerlos porque su proyección ilimitada, en un contexto global, antes o después, eran ineludibles frente a la barbarie.

Podemos imaginar, por tanto, la repercusión que tal medida tradujo para la romanidad del área del Estrecho. A imagen de Gadir/Gades, en vías de romanización, las ciudades coloniales de la Mauritania occidental durante el siglo II a. de C., eran ciudades-estado con un reglamento municipal y un territorio autónomo.

Octavio Augusto, que se impuso sobre sus rivales entre el 25 o 24 a. de C. y obtuvo el Imperio, procedió a resolver, entre otros problemas, la situación jurídica de la Mauritania occidental en la nueva estructura del Estado romano. Las tribus nómadas y montañosas del país no podían ser incluidas dentro del ámbito administrativo y jurídico de la civilización romana, por ello optó por entronizar al hijo del rey nómada Iuba I, que había sido educado en Roma por la propia familia imperial Juleo-Claudia.

Cuando se instituyó el reino mauritano de Iuba II, bajo protectorado romano, algunas ciudades mauritanas del Estrecho, colonias romanas y elites municipales, prefirieron encuadrarse bajo la administración bética (Plinio, *H.N.*, V, 3 y 5), pero en la práctica mantuvieron un sutil equilibrio con los polos de poder hegemónicos.

Roma, la nueva superpotencia del Mediterráneo, dispuesta a establecer las reglas de juego a su favor cuando las autonomías locales obstaculizaban la actuación del Estado. Sin contar con la progresiva y sincera adopción de la romanidad entre las elites urbanas.

El reino mauretano avalado por Augusto pues, entonces, incluso las ciudades hispanas del área del Estrecho adoptaron el patronazgo de Iuba II (J. Mangas Manjarrés, 1987: 731-740) para conservar su participación en el drenaje económico del país.

En último extremo, el Templo y Oráculo de Hércules/Melqart de Gades/Gadir, auténtico motor de las actividades económicas desarrolladas sobre ambas orillas del Estrecho, entre la Hispania meridional y la Mauritania occidental hasta Canarias.

Iuba II, el nuevo rey mauretano, al asumir el control territorial del país llevó a cabo una política pacificadora e integradora de los confines, incluidas las Islas Canarias (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002B). Allí se llevó a cabo una importante exploración científica de tintes cosmográficos, que se relaciona con el traslado del meridiano cero del *Orbis Terrarum*, impulsada por Agripa o por el propio Augusto (A. Santana Santana; T. Arcos Pereira, 2003-2007, 143-158).

A pesar de la política helenística y mesurada que llevó a cabo, la dinastía mauretana por él inaugurada apenas se mantuvo en el poder durante 60 o 70 años. Ptolomeo, hijo y sucesor de Iuba II, fue asesinado por orden de su primo el emperador Calígula. El emperador Claudio crearía la provincia

Tingitana entre el año 41 o 44 de C. (N. Villaverde Vega, 2001: 43), que culminaba la trayectoria socio-cultural y política del territorio y sancionaba su inclusión como confín occidental del Imperio.

La creación de Tingitana resultaría prematura, o al menos el poblamiento local resultó polarizado, a favor o en contra del Imperio romano, descontento que traduce la revuelta de Aedemon, liberto del rey asesinado (N. Villaverde Vega, 2001: 43).

En el bando romano se situaron los centros urbanos de la vertiente atlántica al norte del país, cuyo auge económico se sustentó fundamentalmente en la agricultura extensiva y en la exportación de sus excedentes agrarios, casos de Tingi, Lixus, Zilil, Banasa, Tamusida, Sala y Volubilis.

El posicionamiento de los núcleos urbanos mediterráneos, Tamuda y Rusaddir, en el partido realista sublevado, derivaría, quizás, de su función económica ajena a la agricultura extensiva. Los entornos montañosos de esos puertos los relacionan con la explotación de los recursos naturales, en colaboración con las tribus montañosas, nómadas o semi-nómadas (N. Villaverde Vega, 2001: 230 y 256).

La situación se resolvió con la victoria romana sobre las facciones revueltas, saldada con la destrucción de Tamuda sobre cuyas ruinas se erige un campamento militar, y con el probable abandono temporal de Rusaddir.

Tingitana, incluida en el “Círculo del Estrecho”, será ahora dinamizada por Gades⁵⁷ que según Estrabón (*Geogr.* III, 5, 3) contaba con más de quinientos caballeros⁵⁸, pero también intervinieron Malaca y Cartago Noua. La política fiscal romana benefició al ámbito hispano hasta inicios del siglo III de C. (N. Villaverde Vega, 1990: 334-336).

La tasa del portorium hispanum, impuesto de la exportación, no sólo era sensiblemente inferior a las tasas para la exportación recaudadas en el resto del Imperio, sino que, además, la mercancía privada se enviaba asociada con fletes annonarios que pagaba el Estado romano (cfr. N. Villaverde Vega, 1997, 409-412). Eso permitía 1º exportaciones masivas y 2º la competitividad de los productos regionales del Estrecho en el Mediterráneo central (Italia), donde llegaban a precios de coste.

⁵⁷ Gades centralizó las expediciones annonarias de aceite bético hacia Roma que pagaba el estado romano, envíos asociados con multitud de productos regionales de ambas orillas del Estrecho, expedidas como complemento de carga, que alcanzaban gran rentabilidad en el mercado mediterráneo al estar beneficiadas por los privilegios fiscales concedidos por Julio César, Augusto y la familia Juleo-Claudia.

⁵⁸ Según Estrabón, eso implicaba que tras Roma y Padua, contaba con más caballeros que cualquier otra ciudad itálica. Ser “caballero” en el censo romano implicaba la consideración de “potentado”.

Esas circunstancias económicas explican la rentabilidad que adquirieron las producciones agrarias del Estrecho y la puesta en cultivo del triángulo fértil situado entre Tingi (Tánger), Sala (Rabat) y Volubilis (F. López Pardo, 1987: 207-208).

El flujo intenso de fletes annonarios y navíos entre Gades e Italia, también explica la profusión de industrias de salazones tingitanas en el canal del Estrecho, cuyos productos eran expedidos como lastre rentable, junto a los envíos agroalimentarios. Al sur de Lixus, durante el Alto Imperio, se producen salazón en Thamusida, Banasa y Sala.

Sin embargo, el auge económico también implicó contrapartidas y desequilibrios regionales. En Mogador, sólo algunas ánforas salazoneras del tipo Beltrán IIB atestiguan ciertas visitas ocasionales al islote durante ese periodo.

Si unimos tal evidencia a la ruina y abandono de Tamuda y Rusaddir, en la costa mediterránea como ya hemos indicado, podemos concluir que la explotación y el drenaje de los recursos naturales se encontró en franca decadencia frente a las rentables actividades agroalimentarias (N. Villaverde Vega, 2001: 192, 289,538).

El decaimiento de las navegaciones en el entorno del archipiélago canario durante el Alto Imperio romano, parece contrarrestado por el testimonio de las fuentes literarias que mencionan la extracción de púrpuras. Por ello podemos deducir al menos la continuidad de una actividad económica de interés colonial en la zona.

Existen al menos tres citas sobre la producción de tinturas en las costas de Getulia e islas de la Mauretania, superado el año 45 de C. tras la creación de la provincia de Tingitana y guerras de Aedemón. Por eso debemos volver a recordar los testimonios literarios aducidos cuando se trataron los topónimos de las islas.

Pomponio Mela, en *Chorographia*, escrita a mediados del siglo I a. de C., diez años tras la creación de la provincia, afirma sobre la púrpura getúlica (II, 96):

El litoral de los nigritae y de los gaetuli, pueblos de vida nómada, tampoco [es] estéril, ya que cría múrices, que dan una púrpura excelente, tinte preciadísimo en todas partes. "Chorographia", II, 104., (Trad. A. García Bellido, 1947: 42).

A mediados del siglo I de C. informa Plinio el Viejo, (*H.N.*, VI, 201):

... dicese que hay dos Insulae Hesperidum; pero todo esto es poco seguro; Las noticias de las Islas de la Mauretania no son más seguras; única-

mente se sabe que hay algunas frente a los autololes y que fueron descubiertas por Iuva quien estableció allí talleres de púrpura gaetúlica. (Trad. A. García Bellido, 1947: 150).

Por último Silio Itálico, en el año 90 de C., medio siglo después de la creación de Mauretania Tingitana, escribe una precisa información sobre la púrpura getúlica:

-Albendas inueterere lanas muria Gaetulo docta- “Experta en transformar las blancas lanas con púrpura getúlica” (Trad. A. Tejera Gaspar; M. E. Chávez Álvarez, 2004: 237).

En ese sentido puede afirmarse que los contactos del mundo mediterráneo con Canarias, tras la creación de la provincia Tingitana, aún siendo marginales y eventuales, pudieron mantener cierta continuidad. Debemos quizás valorar la información de varios pecios anfóricos⁵⁹ en la costa de Lanzarote, Gran Canaria y Tenerife, que confirman el cursar de las navegaciones en la zona:

Un ejemplar de ánfora Dressel 7-11 localizada en el Canal del Río, entre La Graciosa y Lanzarote, es de origen bético y se data entre 25 a. de C.-100/150 de C., y seguramente se trata de un contenedor de salazones (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002: 234-235, anf. 12).

Otro ejemplar Dressel 1- Pascual 1, procede de Mogán (Gran Canaria) y se trata de un ánfora vinaria tarraconense datada entre 10 a. de C.-100 de C. (id.: 236, anf. 15).

Por último, otra ánfora vinaria Dressel 2-4 procede de la Punta de Guadamojete (Tenerife), de origen itálico que se data entre 125 a. de C. y 150 de C.

Se advertirá que dos de las ánforas reseñadas son de origen hispano y una de origen itálico, en consonancia con el panorama comercial del “Círculo del Estrecho” entre los siglos I y II de C. cuya solidez exportadora, centrada en los beneficios fiscales, dificultaba la penetración mercantil de África Proconsular.

La difusión anfórica en Canarias varía avanzado el periodo romano, como evidencian El Bebedero (Lanzarote) donde los fragmentos analizados son atípicos, salvo un borde. Las características litológicas del conjunto permiten deducir piezas de origen itálico, africano e hispánico (P.

⁵⁹ En un estricto sentido arqueológico, pecio es cualquier hallazgo arqueológico submarino en cuanto que es toda nave o fragmento de la nave que ha naufragado, como cualquier porción de lo que ella contiene y se pierde en el mar. Los hallazgos submarinos aunque sean ánforas o anclas aisladas son pecios.

Atoche Peña et alii, 1995: 48-63) con una datación de “Contacto del nivel IV y nivel V”, que ofrece una secuencia estimada entre 50 a. de C. a 224 de C. (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 43).

A comienzos del siglo III de C., la nueva dinastía severiana decide la extinción de los privilegios fiscales que beneficiaban el portorium hispano y también prohibió la asociación de fletes pagados y expedidos por el Estado. La súbita alteración de las condiciones mercantiles del Mediterráneo occidental provocaría la ruina de Gades, que desde entonces jamás se recuperó (N. Villaverde Vega, 1990; 1997).

La indefensión del “Círculo del Estrecho” frente a la ofensiva del mercado externo es patente desde el año 215, cuando las importaciones de África Proconsular inundan el mercado local asfixiando la competitividad de los productos occidentales. Desde fines del siglo II y comienzos del III, los nauicularii africanos del Mediterráneo central detentaron el control, casi exclusivo, de los puertos de Roma capital.

La crisis económica sufrida por ambas orillas del Estrecho desde el primer cuarto del siglo III, implicó la recesión económica y poblacional de las principales ciudades hispanas de la costa sur y del Levante, tanto como la limitación de expectativas económicas y poblacionales de la Tingitana (N. Villaverde Vega, 2001: 58-59).

A pesar de la crisis del poblamiento, la provincia de Tingitana, desde un punto administrativo, social, económico y cultural, continuó inserta en la romanidad hasta el primer cuarto del siglo V de C. La hipótesis de J. Carcopino, que suponía la reducción de límites provinciales al norte del río Lucus en época tetrárquica, no se sostiene⁶⁰. Tras incidencias puntuales se restablecería el control romano en todo el territorio, sumido en cierto estancamiento tras la recesión (N. Villaverde Vega, 2001: 61-63 y 275-281).

Los habitantes del país desde comienzos del siglo III habían sido íntegramente incluidos en la ciudadanía romana tras el edicto del emperador Caracalla. No obstante, “gentes” o entes tribales mantuvieron con Roma, una situación más de equilibrio que de conflicto, como confirman los pactos regulares que implicaban el reconocimiento de la ascendencia del emperador sobre las jefaturas bárbaras.

El aparato administrativo provincial centralizado en Tingi, mantuvo un

⁶⁰ Esta hipótesis de J. Carcopino estaba sustentada en un estudio parcial de la documentación arqueológica, que se ha evidenciado prematuro y erróneo (cfr. N. Villaverde Vega, 2001: 30; 61-63; 157-168; 276-282). Sin embargo, convertida en una ficción historiográfica, a veces se reproduce, bien por desconocimiento, o bien por autores carentes de autocritica y fundamento científico.

estrecho control fiscal, político y militar de todo el territorio hasta bien avanzado el siglo V de C. El *Laterculus* de Polemius Silius, VI, 9, lista provincial de época teodosiana (379-375 de C.), entre las provincias hispanas incluye en séptimo lugar la Tingitana y en octavo lugar a las tierras situadas más allá de las Columnas de Hércules, “trans fretum, quod ab océano infusum (terras intrat) transmittitur inter Calpen et Abinam”.

En este último caso, implicaba una reivindicación soberana sobre los confines saharianos e islas atlánticas como Canarias, que en la práctica estaban marginadas del aparato provincial y de la burocracia administrativa regular, aunque cualquier tipo de actividad llevada a cabo en esos confines, antes o después, sería supervisada en los correspondientes centros administrativos con implicaciones fiscales.

Desde un punto de vista económico, la producción agraria tingitana, sin acceso al mercado mediterráneo, provocó un empobrecimiento general del país y propició la vuelta a la explotación de los recursos naturales derivados de la explotación maderera, silvicultura, ganadería y captura de animales salvajes para espectáculos (íd: 60).

La *Expositio totius mundi et gentium* del siglo IV confirma la trata de esclavos y la ganadería destinada a la obtención de lanas y pieles curtidas con la participación del medio gentil (íd.: 294-295). Tampoco podemos descartar la mediación comercial de las tribus nómadas para la obtención de minerales preciosos como el oro⁶¹ expedido desde el África Subsahariana (F. López Pardo; A. Mederos Martín, 2008, 147-149).

Desde fines del siglo III podemos considerar que Tingitana, a duras penas y perdiendo gran parte de su potencial demográfico, conseguiría adaptarse a las nuevas condiciones socio-económicas. La recuperación de enclaves salazoneros y las ánforas hispanas Almagro 51 A y B (Keay XIX) para envasado de las salazones tingitanas, inciden en iniciativas comerciales más limitadas (N. Villaverde Vega, 2001: 542-546).

Una serie de indicios al sur de Sala pudieran confirmar que las actividades y navegaciones del Bajo Imperio, discurriendo por la costa tingitana y hasta las Islas Canarias, pudieron ser fiscalizadas por el Estado romano.

Entre los indicios contamos con monedas constantinianas en Casablanca; un epígrafe que atestiguaría una *statio* fiscal en Azemmur; monedas

⁶¹ En la Ceuta medieval gobernada por señoríos semi-independientes entre el siglo XI y 1415 y en la Ceuta moderna, bajo la corona de Portugal, existieron cecas hasta el siglo XVI que acuñaron moneda de oro obtenido de las rutas caravaneras que, desde lo más profundo del país, accedían hasta ese puerto mediterráneo para drenar el preciado metal, donde podía ser intercambiado por manufacturas europeas.

del siglo IV en Safi; y por último la ocupación estable del islote de Mogador entre el primer cuarto del siglo III y comienzos del siglo V, con indicios también de actividades fiscales en ese lugar a deducir de una pesa de plomo con monograma constantiniano entre alfa y omega (N. Villaverde Vega, 2001: 185-194).

Los pecios anfóricos del Bajo Imperio reseñados en aguas Canarias, confirman, desde luego, la mayor intensidad de las navegaciones establecidas durante este periodo en la zona sobre épocas precedentes.

Podemos seguir suponiendo que las iniciativas corren a cargo de gentes del Estrecho si se valora un ánfora salazonera Almagro 51C de la Hispania meridional, datada entre 200-300 de C., que procede de Los Charcos – Norte Playa Bastián al sureste de Lanzarote (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 230-231, anf. 2).

No obstante, entre los pecios documentados en la zona, atribuidos a navegaciones durante el Bajo Imperio, contamos con ejemplares del Mediterráneo Central.

Un ánfora salazonera de Byzacena (Túnez) Keay XXXI localizada en el Puerto de la Luz (Las Palmas, Gran Canaria), producida entre 300-420 de C., aunque hay autores que extienden su facturación hasta el año 600 de C. (cfr. A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: anf. 17).

En el área del Estrecho existen imitaciones de este tipo ánforico, singularizado como Keay VI, que se utiliza, entre otros modelos, para envasar la producción local de salazón en alguna localidad del Estrecho durante el s. IV de C. (N. Villaverde Vega, 2001: 544, nota 111; 550), por tanto no puede descartarse otro origen.

Un ánfora vinaria de Mauretania Caesariensis (Argelia) Dressel 30 procedente de Fuerteventura, según qué autor datada entre 50-225/400 de C., (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 236-237, anf. 16).

Por último, un ánfora ¿vinaria? “tipo Bengasi” de Tripolitania (Libia), ejemplares que según qué autor se data entre el 70-400 de C. (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 235, anf. 13).

Todas esas ánforas no pudieron difundirse en aguas insulares antes del siglo III de C. y, salvo la Keay VI, caso de evidenciarse su origen en el “Círculo del Estrecho” durante el Bajo Imperio, confirman el sometimiento contemporáneo de occidente al mercado exterior, dominado por África Proconsular (N. Villaverde Vega, 1990: 341).

En consecuencia, quizás podemos traducir esa dinámica económica valorando los indicios contemporáneos del poblamiento, que precisamente

se atestigua en zonas de interés para determinadas actividades ganaderas o marisqueras.

También debemos valorar los restos mobiliarios obtenidos en los yacimientos de El Bebedero (Tiagua, Lanzarote) y Caldereta de Tinache (Tinajo, Lanzarote), en ambos referidos al Estrato IV, donde proceden dataciones isotópicas, con una secuencia temporal situada entre el siglo I de C. y primeras décadas del siglo V.

Dentro de ese nivel de ocupación, el Substrato IV-2 restringe la cronología al siglo IV, entre 330-385 de C. De este modo se propone una secuencia comprendida entre 210 y 440 de C. que dataría los niveles relacionados con unas instalaciones ganaderas (P. Atoche Peña et alii, 2009: 110, 125, 131-133).

La fauna doméstica recuperada corresponde sobre todo a cabras, ovejas y en menor medida cerdos y perros. Parece ser un asentamiento pastoril⁶² dedicado a cría intensiva de ovicaprinos, sacrificados para la obtención de pieles y conservas cárnicas.

Las gentes que realizaron estas actividades, si se valoran fragmentos atípicos de ánforas romanas y objetos metálicos en cobre, bronce, hierro etc..., junto con alguna pequeña cuenta de collar con forma bitroncocónica, sobre concha de moluscos marinos (*Spondylus*) y varios molinos de mano circulares (íd. pp. 110 y 115), deducen su precariedad socioeconómica. Quizás se trata de simples operarios allí trasladados que no tienen acceso directo al mercado que consume sus productos.

Pese a la precariedad de actividades, el auge del poblamiento durante este periodo tardío se atestigua en enclaves de las islas, tanto orientales como occidentales, aunque sin mobiliario arqueológico de origen colonial que confirme su hipotética relación con la explotación o presencia foránea, sólo podemos plantear su coincidencia.

En Fuerteventura, se han documentado niveles de ocupación datados por C14 en el yacimiento de Cueva de Villaverde (La Oliva, Fuerteventura). La muestra calificada 401.CA2.Niv.II se estima comprendida entre el año 140 de C. y 420 de C. (F. Hernández Hernández; D. Sánchez, 1990: 79-92). El nivel II se data entre 219 y 425 de C. (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 43), ajustándose perfectamente a las tesituras destacadas entre el periodo severiano y el fin de la provincia bajo imperial.

En Lajura (El Hierro) hay un nivel de ocupación datado entre 256-342 de C. y en Frontera (El Hierro) entre 412-436 de C. Entre los motivos

⁶² Etimológicamente la palabra griega “nómada”, puede traducirse por “pastor”.

que deciden la frecuentación de la isla en este periodo, se ha destacado la idoneidad de El Golfo al norte, de la costa sur y Valverde al este, para la recolección de *Thais haemastoma*, con lugares como Guinea, donde las conchas manipuladas aparecen coloreadas de rojo (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2006: 84).

La producción de púrpura durante el Bajo Imperio era monopolio del Estado romano, y en la Dioecesis Hispaniarum esta mercancía debía remitirse hacia el procurator baphii emplazado en la isla de Ibiza (N. Villaverde Vega, 2001: 296). La explotación de las púrpuras en las Islas Canarias era llevada a cabo por gentes de muy precario nivel económico y seguramente, sólo de forma indirecta, deberán relacionarse con el aparato estatal de la provincia de Tingitana. Por tanto, más allá de una soberanía nominal, por ahora no puede deducirse la presencia burocrática o vinculación administrativa efectiva en el archipiélago.

8. TRAS EL OCASO QUEDA LA PENUMBRA (MITAD S. V – INICIOS S. VIII DE C.)

La irrupción bárbara en Occidente desde el año 409 de C., que implicó la desarticulación de las provincias hispanas inscritas en el Imperio de Occidente, justifica la distorsión de las corrientes comerciales del Mediterráneo occidental, establecidas desde fines del siglo II a. de C.

En este caso provocó la desactivación mercantil, tanto del ámbito hispano como del norteafricano. No obstante, una vez decidida la instalación del pueblo vándalo en la antigua África Proconsular y convertida en zona nuclear de su reino, la inercia comercial del Mediterráneo, disminuida aunque latente, fue reavivada por la corona asdinga que necesitaba ingentes recursos para consolidar su dominio sobre el conjunto de territorios continentales e insulares que podía controlar desde este momento.

Los ingresos derivados del comercio habrían facilitado su defensa estratégica, gravemente amenazada por los restos imperiales de Occidente, bizantinos, visigodos y gentes de los confines. Un relato de Víctor de Vita (*Historia persecutiones*, 1, 13, cfr. N. Villaverde Vega, 2001: 349-350, nota 27) confirma que desde 455, tras la muerte de Valentiniano III, último emperador de la dinastía teodosiana, las antiguas provincias de la dioecesis Africae pasaron a ser consideradas unilateralmente territorios vándalos.

A ello añadiremos las islas del Mediterráneo, agrupadas en una circunscripción, y por último la antigua Tingitana, donde previniendo posibles reclamaciones legales de otros interlocutores con derechos a su dominio, como imperiales o visigodos, fue dividida en dos circunscripciones de-

nominadas con apelativos indígenas: Abaritana y Getulia, incluidas desde ahora entre los dominios reales vándalos.

La Abaritana, en la vertiente mediterránea de la antigua Tingitana, así nombrada en honor del nombre amazight del Estrecho de Gibraltar, “abrid” = camino o pasaje. Y Getulia, nominada por los pueblos indígenas que habían poblado el confín meridional de Tingitana desde la más remota antigüedad. El interés vándalo por el extremo confín occidental del mundo entonces conocido sugiere el propósito mercantil de esta emergente potencia mediterránea, sin excluir las Canarias, hipotéticamente incluidas en la Getulia.

También los vándalos reactivaron el “Círculo del Estrecho”, pues aunque sólo la orilla sur se situaba bajo dominio vándalo, en la orilla norte debieron contar con la colaboración de la oligarquía local de corte eclesial, que mantuvo una autonomía al margen de los poderes políticos del momento. La conjunción de intereses provocaría cierta regeneración económica del área del Estrecho, que se advierte en Malaca (Málaga), Tingi (Tanger) y Lixus (Colina Chemish, Larache), puertos seguramente coordinados desde Septem (Ceuta) que ahora, como base naval vándala, mantenía contactos regulares con Cartago (N. Villaverde Vega, 2008: 430-448).

La reactivación del “Círculo del Estrecho”, tanto como la persistencia de actividades económicas en la zona durante ese periodo, pudiera explicar las bajas cronologías obtenidas en distintos yacimientos arqueológicos de la costa tingitana y del archipiélago canario, que parecen coincidir en cierta reactivación poblacional.

Un primer indicio de la perduración mercantil en la costa “gétula”, que ha pasado casi inadvertido, es la presencia de una moneda de “Valentiniano III (425-455)⁶³ o Antemio (467-472)” (N. Villaverde Vega, 2001: 416) en Mogador, que indica actividades mercantiles en el momento de la irrupción vándala o poco después.

En el segundo caso, la moneda de Antemio evidenciaría el sostenimiento vándalo de las líneas comerciales hasta ese confín. Para sustentar esa hipótesis podemos añadir que la datación de esa moneda coincide con la difusión en Septem y en Lixus de tipos de vajillas “Late roman C 3B-C”, producidas entre 460 y 475 de C.⁶⁴.

⁶³ Otra moneda de Valentiniano III (425-455) en Zilil, localidad destruida en el momento del pasaje vándalo en la zona en torno al 426. Otra más, procedente de Banasa, pudiera estar relacionada con la fase final de las navegaciones comerciales en el momento de la caída de la Dioecesis Hispaniarum.

⁶⁴ La arribada de estas cerámicas bizantinas debe concebirse a través de Cartago, pues los vándalos podían ofrecer tanto productos agroalimentarios como suntuarios, en

En Canarias las dataciones radiocarbónicas o termoluminiscentes permiten atestiguar lugares frecuentados durante esta época tardía, aunque cualquier relación que pueda establecerse con el panorama colonial de la costa frontera será hipotética, ante la ausencia de un registro arqueológico concluyente. No obstante, algunos parecen idóneos para las actividades relacionadas con el mar y el marisqueo de púrpuras en particular:

Cueva del Tendal (Garafía, La Palma) Nivel III. Fase II-IIIa cuya secuencia cronológica se extiende entre 461 y 662 de C. (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002: 45). La Palma tiene fondos rocosos adecuados para la proliferación de los moluscos *Purpura haemastoma*, destacando zonas de Fuencaliente al sur, Santa Cruz de La Palma y Puntallana al este, Tazacorte al oeste y la Punta de Juan Adalid en Garafía al norte (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2006: 84).

Fortaleza de Chipude en el Valle Gran Rey (La Gomera) cuya secuencia cronológica se extiende entre 436 y 600 de C. (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2002A: 45). Sobre la posible relación de esta fase con intereses económicos foráneos, debemos añadir que en la desembocadura del Valle Gran Rey se dan las mejores condiciones de la isla para la explotación de la púrpura (A. Mederos Martín; G. Escribano Cobo, 2006: 84).

Tras la caída del reino vándalo, los bizantinos, enzarzados en una confrontación visceral con el reino visigodo, primaron los aspectos estratégicos de su presencia en la zona y provocaron seguramente la extinción del “Círculo del Estrecho”, aunque pese a todo se mantiene cierto grado de comercio con los confines occidentales.

De Sala (Rabat), bajo dominio bizantino, procede un exagium, un quadrans justiniano (527-565), figurando los Santos Patrones del Imperio, San Jorge y San Demetrios, que seguramente indica la presencia fiscal bizantina en este puerto (N. Villaverde Vega, 2001: 185, fig. 96). De Septem (Ceuta) procede otro exagium, un semis con siglas bilingües, que atestigua la actividad fiscal del Exarcado de África en la embocadura del Estrecho (íd. 216-218, fig. 132), paso de las expediciones atlánticas.

Por último, también debe destacarse que, algunos años después, el gobernador visigodo del Estrecho seguía manteniendo cierto control o contactos en la costa atlántica donde se han localizado elementos indumentarios de época visigoda en Septem y Sala (N. Villaverde Vega, 2001: 496).

Algunas fuentes árabes identifican al Comes Iulianus, dirigente visi-

especial la púrpura, que quizás continuaría siendo colectada en el confín occidental y en las Islas Canarias, en particular.

godo de Septem, vasallo de la casa real de Witiza, como gobernante de varias localidades de ambas orillas del Estrecho que conocía al detalle a los pobladores de los confines extremo-occidentales del país⁶⁵ (N. Villaverde Vega, 2001: 220, 367-370, nota 197), y también autores como Ibn-Al-Qu-tiyya (hijo de Sara “la Goda”, nieta del rey Witiza) y Abd-Al-Hakam, lo identifican como un comerciante (P. Chalmeta Gendrón, 1994:116).

9. CONCLUSIONES: DEL “CÍRCULO DEL ESTRECHO” AL “CÍRCULO DE LAS HESPÉRIDES”

El descubrimiento y las fases de exploración de Canarias hasta la fecha se evidencian relacionadas con la protohistoria y antigüedad mediterránea. El conjunto documental reunido no permite descartar algunos ensayos de ocupación prehistórica de Fuerteventura, por los hallazgos de ovicaprios remontando varios milenios antes de C., pero lo cierto es que no ha sido posible evidenciar un paralelo poblamiento prehistórico.

En consecuencia, resulta patente que el mundo “aborigen” de las islas poco o nada significa antes del fundamental concurso de las navegaciones mediterráneas y de la frecuentación colonial del archipiélago desde el primer milenio a. de C., que a la larga propiciará el poblamiento del conjunto insular atestado hasta fines de la antigüedad.

Hasta hace pocos años, los planteamientos de investigadores que se habían atrevido a situar el primitivo poblamiento en sintonía con las navegaciones mediterráneas, fueron desestimados por la presión científica de otros supuestos prehistóricos y aislacionistas tradicionales, que las estimaban hipótesis ilusorias o por lo menos desorientadas.

Sin embargo, la relectura de las fuentes literarias, cada vez más afinadas, y las crecientes evidencias arqueológicas en la misma dirección, confirman la concurrencia del mundo antiguo mediterráneo en el archipiélago canario aunque fuera de forma tangencial. De este modo, la investigación

⁶⁵ Según las fuentes árabes, en la primera entrevista que mantiene el conde D. Julián con el general árabe Uqba ben Nafi, le relata que “en el Sus citerior (entorno del río Sus, frente a las Islas Canarias), existían pueblos que no tenían religión y que rechazaban el cristianismo. Además se alimentaban de la carne de animales muertos y bebían su sangre...”. Esto último parece el eco lejano de una leyenda similar mucho más antigua, recogida por Plinio el Viejo, que describe el estadio de barbarie de las poblaciones montañosas del Alto Atlas, que en el año 42 de la era, según él, se alimentaban con la carne de los perros, y por ello eran llamados “canarii”, cfr. J. J. Jiménez González (2005: 85-86).

desplegada en los últimos decenios sobre el mundo fenicio y romano en Canarias, se evidencia como un vuelco investigador de nuestros conocimientos sobre este archipiélago atlántico.

En este trabajo se ha demostrado la coherencia interna de los textos greco-latinos cuyas informaciones remontan a los comienzos del primer milenio a. de C.: las islas del Ocaso, del Atardecer, del Lugar sombrío, que traduce la voz fenicia “Lqx = Lixus o Elisá”, la griega “Hesperis” o la tamazight “Maru”, expresan la identificación ideológica del “Occidente” con respecto al “Oriente” mediterráneo, y sitúan las islas por primera vez en el contexto geo-estratégico de la antigüedad.

La frecuentación y exploración progresiva de Canarias, reflejada en las fuentes literarias de época romana, confirma de este modo que la presencia mediterránea en el archipiélago fue arcaica, intensa y perseverante (A. Santana Santana et alii, 2002; A. Santana Santana; T. Arcos Pereira, 2003/2007, íd. 2004, íd. 2006).

Los nombres del archipiélago constituyen un compendio de conocimientos seculares, y dan idea de la mayor o menor intensidad de los contactos establecidos remontando a la primitiva presencia fenicia. Los semitas definen su valor como meta o confín del Poniente, y evidencian las perspectivas globalizadoras del Mediterráneo.

El descubrimiento fenicio de los confines geográficos de Occidente, no obstante, se diluyó entre mediados del siglo VI y mediados del V a. de C., en un contexto de fragmentación mediterránea. Entonces los mitos griegos recogieron el eco, casi perdido, que traducen a través de leyendas poéticas como los Campos “Elíseos”. En ese sentido podemos denunciar la hasta ahora supuesta traslación, progresiva y anacrónica, del mito hasta Occidente, porque la exploración fenicia había precedido a la tradición legendaria.

De la voz fenicia Elisá procede etimológicamente la denominación de los Campos “Elíseos”, islas dónde moraban las almas de los “bienaventurados”, que a su vez constituyen el inmediato antecedente del apelativo latino “Afortunadas”, que recibieron las islas redescubiertas en el transcurso del siglo II a. de C. por los navegantes gadiritas bajo la égida de Roma. En el siglo I a. de C. continúa la exploración del reino Mauritano.

Otra conclusión que podemos establecer deriva de la entidad de los restos arqueológicos detectados en las islas hasta la fecha, cuya entidad precaria es, sin embargo, creciente. Esencialmente destacan fragmentos de ánforas de origen submarino cuya sintonía cronológica con el espectro

mercantil del área del Estrecho entre los siglos II a. de C. y VI de C. ha sido puntualmente descrita a lo largo de estas páginas.

En el mismo sentido se sitúan las cerámicas a torno con fragmentos típicos y atípicos localizados en diversos yacimientos de Lanzarote, que implican un mínimo corpus de datos objetivos que demuestran el desarrollo de actividades económicas de época fenicia y romana. En esa dinámica de hallazgos se situarían las vajillas a torno evidenciadas en Rosita del Vicario (Fuerteventura), aunque por ahora su atribución antigua debe plantearse desde el ámbito de las hipótesis.

Una vez superadas las hipótesis que suponían el aislamiento del archipiélago hasta época moderna, la determinación del corpus de cerámicas a torno difundidas en las islas de época antigua, medieval y moderna, se impone como una faceta indispensable para determinar la trayectoria protohistórica e histórica de Canarias.

Lo cierto es que “a priori” la actuación fenicia en estas islas y más tarde de los cartagineses y romanos también tiene límites. En ese sentido podemos afirmar que tales contactos en ningún caso determinan la integración de las islas y sus gentes en la órbita civilizada del Occidente mediterráneo, entendiendo como tal la creación de núcleos urbanos, y si hubo intentos en esa dirección fueron prematuros. Las razones parecen contundentes, el archipiélago canario respecto al mundo civilizado era un espacio ultra-periférico, en la vecindad del gran desierto del Sahara. Esa realidad lo condenaba, valga la redundancia, a un severo aislamiento y a la dependencia exterior.

La bondad del clima de las islas y su medio ambiente natural, menos árido que en la actualidad (A. Santana Santana, 2003: 61-76), favorecía los cultivos pero, ni en las islas mejor dotadas, llegó a implantarse la agricultura extensiva de cereal, óleo y vid, circunstancia básica para el desarrollo y consolidación del mundo antiguo⁶⁶. El interés colonial que despertaban las islas, debe relacionarse con la explotación eventual de los recursos naturales exóticos o suntuarios para el mundo antiguo. Factores que no permitían

⁶⁶ El cereal aseguraba la consolidación demográfica. Los óleos, en cantidad industrial, eran indispensables para la iluminación. Viñedo y producción vitivinícola eran sinónimos de civilización. Cereal, olivo, vid y otros cultivos pueden haber sido introducidos en las islas durante la antigüedad, pero su dimensión económica no parece sobrepasar el nivel de la autarquía por la lejanía de las islas al mercado. El cereal extensivo sería uno de los principales recursos económicos de Fuerteventura sólo tras el descubrimiento de América, pues la posición confinal de Canarias varió a favor del nexo entre el viejo y el nuevo mundo que justifica el auge mercantil y poblamiento moderno del archipiélago.

sostener una dinámica recíproca de mercado, sino más bien un drenaje, más o menos puntual, de tales riquezas para su transformación.

Tampoco cabe desestimar la situación estratégica de las islas orientales como puntos de aprovisionamiento e incluso habitación, frente a los límites del desierto, que los navegantes mediterráneos procuraban visitar de forma estacional para drenar, también de forma eventual, metales u otros recursos naturales. Debemos concluir que el horizonte arqueológico de Canarias de la antigüedad no tendrá jamás parangón con el de otros ámbitos nucleares del Mediterráneo, pero a tenor de los datos reunidos tampoco es posible negar el impacto colonial mediterráneo en las islas.

Entre las causas económicas que justifican la implicación mediterránea en la exploración y poblamiento del archipiélago canario, debemos citar la abundancia de moluscos *Thais haemastoma* en sus costas, de los cuales se obtenían tinturas purpúreas-escarlatas demandadas durante la antigüedad por asociarse como distintivo de lujo y poder.

Los hallazgos del islote de La Graciosa no admiten otro tipo de interpretación, y las fuentes literarias no dejan lugar a dudas sobre el protagonismo detentado por el archipiélago y entorno continental inmediato en ese proceso mercantil durante la época fenicia y romana. También, a pesar de las incidencias derivadas de la inestabilidad política desde el primer cuarto del siglo V de C., lo cierto es que el interés por la púrpura pudo persistir hasta fases avanzadas del periodo tardorromano.

El otro gran interrogante derivado de la presencia mediterránea en las Islas Canarias, procede de su necesaria participación en la configuración aparentemente progresiva del poblamiento aborigen, cuyo origen acaso podría remontarse hasta fines del IIº milenio a. de C., en sintonía con el horizonte colonial primitivo.

Por lógica económica, es posible suponer que los descubridores de estas islas, si estaban desiertas, hubieran propiciado la introducción de especies, y entre ellas, por crudo que pueda parecer, contingentes humanos con vistas a su ulterior explotación.

Sobre el origen de los primitivos isleños, la hipótesis más difundida defiende la instalación de grupos norteafricanos en época romana aislados de todo influjo exterior, planteamiento reductor que ha sustituido la supuesta ascendencia neolítica, actualmente postergada. A favor del hipotético origen bereber se aducen un numeroso conjunto de inscripciones líbico-bereberes y otros indicios, como la similitud estimada entre algunos topónimos canarios prehispánicos y voces bereberes. Sin embargo, según las opiniones más autorizadas, las dificultades interpretativas de la lengua o lenguas

canarias en el seno del tronco lingüístico tamazigh no admiten planteamientos en dicho sentido (L. Galand, 1990 y 2001).

Por el contrario, la configuración del poblamiento insular impulsado por el medio colonial de forma progresiva, podría resultar de la suma de aportes étnicos heterogéneos y bastante diversificados. Sin citar las consecuencias demográficas que hubiera podido reportar de la frecuentación mediterránea de época romana, cuya koiné mercantil y dinamismo poblacional conectaba prácticamente todos los territorios circundantes del Mediterráneo, entre Asia y el norte de Europa.

En primera instancia, sin duda por su proximidad, cabe centrar la atención en contingentes norteafricanos que hubieran sido desplazados hasta estas islas, por las más variadas razones, como sugiere la denominación “maoh” tradicional de los habitantes de Lanzarote y Fuerteventura, que pudiera derivar del término tamazight “maru” aplicado de forma genérica, no necesariamente étnica, por habitante del confín “occidental”.

Abundando en la complejidad del horizonte étnico del archipiélago se situaría el polémico y profundo estudio de R. Muñoz Jiménez (1994), que tradujo incluso alguna inscripción bilingüe líbico-canaria/neopúnica. Su aportación más original, sin embargo, estriba en la doble lectura, ideográfica y alfabética, que realizó sobre la “Piedra Zanata”, donde evidenció dos signos inscritos en caracteres líbicos-bereberes, aunque ligados inusualmente (R. Muñoz Jiménez, 1994: 30, 42-48; 61-76; 108-109; 123-124; 165-176)⁶⁷. Sin embargo, la mera adopción de un alfabeto supone relaciones, pero no es un argumento concluyente para determinar la adscripción étnica de un grupo humano⁶⁸.

Desde un punto de vista fonético y cultural, la lectura ZNT en Tenerife ha sido relacionada con el arraigo en la isla de gentes Zenetas de origen norteafricano; no obstante, si es por razones fonéticas, también hipotéticamente pudiéramos aludir a grupos insospechados de la región del Estrecho que, en contacto con el medio fenicio de época arcaica, hubieran sido desplazados hasta el archipiélago⁶⁹.

⁶⁷ Agradezco a la Sra. D.^a Carmen Benito Mateo la visión sintetizada de este problemático libro.

⁶⁸ La adopción de un alfabeto “aborigen” como seña identitaria frente al medio colonial púnico o romano, es también atestiguada en la Península Ibérica. Los celtíberos de la Meseta y Valle del Ebro, son pueblos celtas indoeuropeos llegados en el I milenio que adoptan el alfabeto ibérico.

⁶⁹ En el sur de la Península Ibérica, en el momento de la arribada fenicia a Occidente, se atestiguan pueblos “Cinetes” instalados en el suroeste peninsular, cfr. M. Almagro Basch (1966: 215), Avieno, *Ora Marítima*, 200-214; Herodoto y Herodoro. Agradezco

La situación se complica si se pretende elaborar un análisis a través de los influjos percibidos en la cultura o culturas aborígenes. Lo cierto es que el sistema socio-cultural de los aborígenes isleños, parece definido por un fenómeno generalizado de atavismo que se impone con rasgos singulares en cada isla.

Un ejemplo serían las cerámicas carenadas de La Palma, facturadas a mano, que recuerdan tipos del bronce final del Mediterráneo occidental. En otro registro podemos situar prácticas funerarias sofisticadas, como la momificación que pudo remontar al panorama fenicio⁷⁰. O la introducción de la lucha greco-romana, practicada en su variante de lucha canaria, que relacionamos con el esclavismo y con la explotación de campeones para los juegos de la antigüedad (N. Villaverde Vega, 2005: 112-113).

En ese sentido, sin negar la originalidad cultural de la sociedad o sociedades configuradas en las islas antes de la conquista castellana, podemos destacar aspectos singulares que pudieran relacionarse con influjos foráneos de la antigüedad. Por poner un ejemplo queremos aludir la “Cueva Pintada” de Gáldar (Gran Canaria) que remonta al siglo VI de C. En ese yacimiento existen estructuras arquitectónicas facturadas en opus quadratum y otras en opus utatum, ambas técnicas edilicias de origen helenístico cuya invención aborigen parece difícil sin el concurso mediterráneo.

El influjo de la romanidad quizás se advertiría en el sancta sanctorum del mismo poblado aborigen de Gáldar, presidido por un fresco policromo que parece representar un calendario solar de doce meses compartimentado en tres estaciones (es decir un año sin invierno, que resultaría una adaptación sui generis del clima local). Sin negar un posible calendario más antiguo de casas estelares, el calendario Juliano de doce meses arraigó entre el mundo indígena norteafricano, quizás a través de las prácticas agrarias implantadas en el Norte de África (N. Villaverde Vega, 2001: 292)⁷¹.

Cuando M. Tarradell Mateu (1960) formuló el “Círculo del Estrecho”

co al Dr. A. Mederos Martín, la sugerencia de esta hipótesis en el transcurso de una conversación informal. La única dificultad, en latín clásico no el tardío de Avieno, la implicaría la traslación de C = K y no Z.

⁷⁰ Agradezco dicha apreciación a R. González Antón. Las relaciones de Egipto y Canaan remontan al año 2700 a. de C. En el 3^{er} periodo intermedio (945-715 a. de C.) las dinastías XXII y XXIII de origen libio, mantuvieron relaciones comerciales con los fenicios del Estrecho. Necaio II de la dinastía XXVI según Estrabón, *Geogr.* II, 3, 4, organizó la circunnavegación de África entre 610 y 595 a. de C.

⁷¹ Incluso en la actualidad el campesinado montañés de Marruecos, para las labores agrícolas, utiliza el calendario Juliano de doce meses, en vez de utilizar el calendario lunar de origen islámico.

para poner de manifiesto la existencia de un panorama arqueológico compartido entre ambas orillas del Estrecho durante el periodo fenopúnico, apenas podía suponer la enorme trascendencia del planteamiento historiográfico que proponía.

Años después, definido el horizonte material fenicio y romano, se evidenciaría la integración de ambas orillas del Estrecho en un proceso económico común dinamizado desde la orilla hispana durante el Alto Imperio Romano (M. Ponsich, 1975).

La coordinación comercial de las producciones regionales destinadas a la exportación fue organizada durante ese periodo en torno a Gades, principal localidad del “Círculo del Estrecho” cuyo declive político, social y económico se atestigua durante el primer tercio del siglo III (N. Villaverde Vega, 1990, 1997). Pese a la recesión comarcal, aún podría advertirse, a menor escala, la persistencia del “Círculo del Estrecho” durante el Bajo Imperio (N. Villaverde Vega, 2001: 535-546).

Por último, como fenómeno de reanimación del “Círculo del Estrecho” puede calificarse la coordinación comercial de ambas orillas, en torno a objetivos económicos comunes, que se atestigua al menos hasta el siglo VI de C., cuando los vándalos desplazaron al Imperio Romano de Occidente en estos lares (N. Villaverde Vega, 2008).

La amplitud cronológica del “Círculo del Estrecho” como fenómeno económico capaz de generar dinámicas de integración socio-cultural entre los habitantes de la costa meridional de la Península Ibérica y el Norte de África, coincide, en gran medida, con las cronologías obtenidas en los distintos yacimientos arqueológicos del archipiélago canario. Por ello, las circunstancias económicas, sociales y culturales del área del Estrecho deben valorarse para analizar el devenir de Canarias.

Si tenemos en cuenta las variables formuladas para el “Círculo del Estrecho” por E. Ferrer Albelda (1998: 37-40), no cabe duda de que el archipiélago estaría inscrito dentro del ámbito “productivo o extractivo” con el matiz añadido o cuarta variable, si tenemos en cuenta que el conjunto de las islas, despobladas en origen, respondieran a los ecos de una actuación colonial, tangencial y recurrente, que en modo alguno niega la originalidad cultural y capacidad de innovación de la sociedad o sociedades isleñas configuradas a lo largo del tiempo.

Por todo ello, la evidencia canaria cierra y reformula un espacio económico, pero también socio-cultural, denominado por los investigadores como “Círculo del Estrecho”, cuya auténtica dimensión estratégica y temporal resulta superada.

Por ello, para abarcar la realidad del espacio dinamizado y preservar su

propia e intrínseca diversidad, queremos proponer la denominación “Círculo de las Hespérides”, según el término helenístico “Hesperia” acuñado por los mismos protagonistas de la exploración colonial.

Esta denominación regional persistió durante más de un milenio y hace justicia a los marinos y gentes que protagonizaron su dinamización económica y socio-cultural: desde el núcleo primigenio de Gadir/Gades. Desde los enclaves extremos de Rusaddir y Mogador⁷² (lám. IV) al oriente y al occidente del canal del Estrecho. Y por último hasta las Islas Canarias, cuya denominación atestiguada al menos para las más orientales, Fuerteventura y Lanzarote, fue Islas de las Hespérides.

⁷² Hemos identificado la marca Hesperia en localidades tan alejadas geográficamente como Mogador (Esauira, Marruecos) y Rusaddir (Melilla, Reino de España), cfr. N. Villaverde Vega (2001: 542, notas 77, 78 y 79; 549, lám. III, 6 y 7). También en ánforas Beltrán II o IIB localizadas en el alfar de El Gallinero, Puerto Real (Cádiz); y en otras localidades mauretanas como Thamusida y Tingi (Tánger), que L. Lagóstena Barrios (2001: 428-429, nº 124, 125, 126) cree identificar por marca “SPERTI”. Sin embargo, en opinión del firmante del presente artículo, la lectura en los distintos sellos referenciados si se precisan los nexos y superposiciones de algunas letras, sería en realidad “HESPERIA”, lo cual amplía el uso de esta denominación de origen a la práctica totalidad de ambas orillas del Estrecho, más la costa atlántica africana. El poeta Marcial, a fines del siglo I e inicios del siglo II de C., también utiliza el término Hesperia, para denominar un producto salazonero del ámbito hispano, según cita en el *Epigramas*, Libro XIII, XL, “...Hesperius scombri...”. Y también el mismo autor, en varios pasajes, utiliza el mismo término como sinónimo de las Hispanias, según M. Dolç Dolç, (1953: 35).

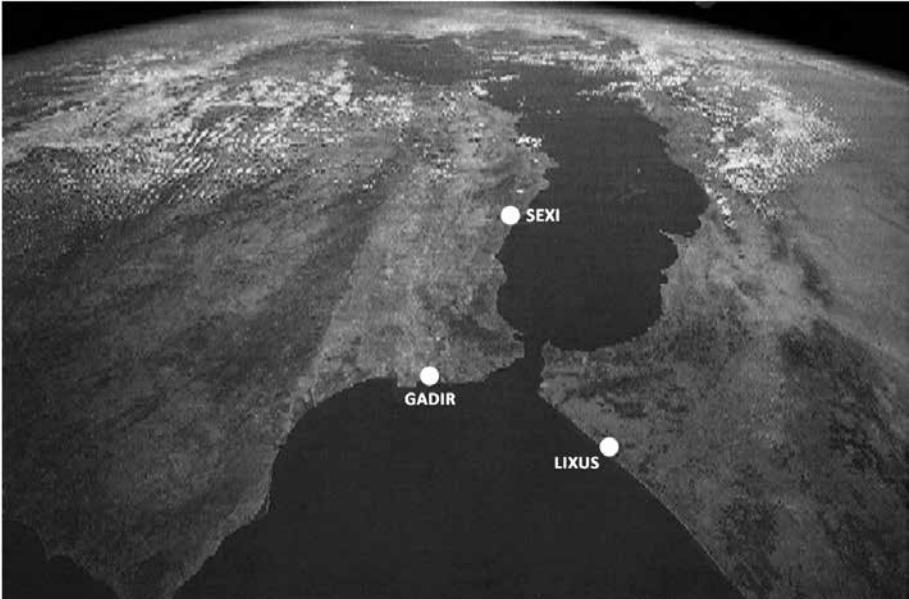


Figura 1. Centros fenicios arcaicos del Estrecho ss. XI-VI a. de C. Vista vía satélite de la embocadura del Estrecho desde la vertiente atlántica. Foto: Internet. Diseño: N. Villaverde Vega. Procesamiento informático: C. Benito Mateo.



Figura 2. Vista del estuario del río Lucus y del océano Atlántico al atardecer, desde el “Barrio de los templos” de Lixus el día 22/VI/2009 (Solsticio de verano). Foto: N. Villaverde Vega.

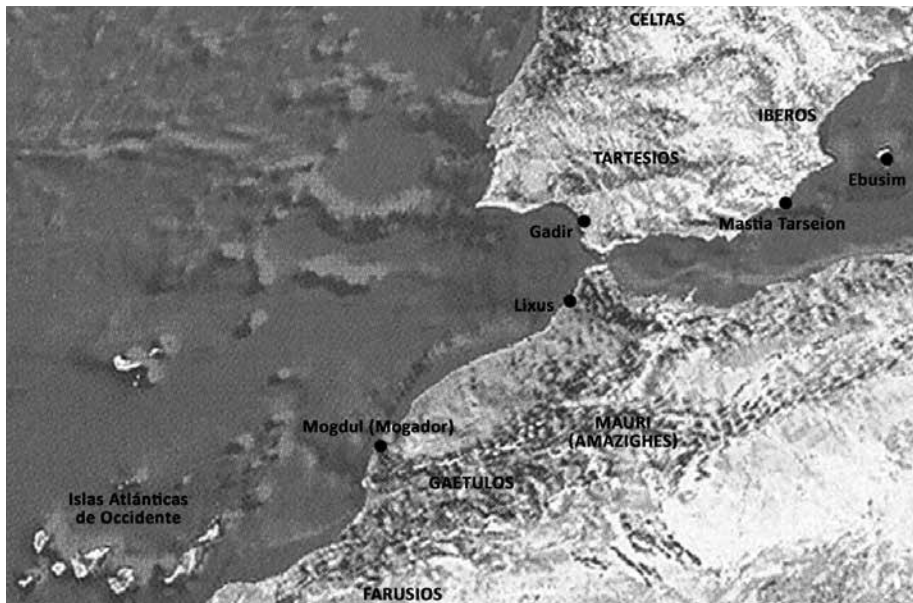


Figura 3. Costa atlántica africana. Posición de Mogador e Islas Canarias. Pueblos indígenas. ss. IX-VI a. de C. Fondo: Atlas Universal Espasa, 2009: 1719. Diseño: N. Villaverde Vega. Procesamiento informático: C. Benito Mateo.

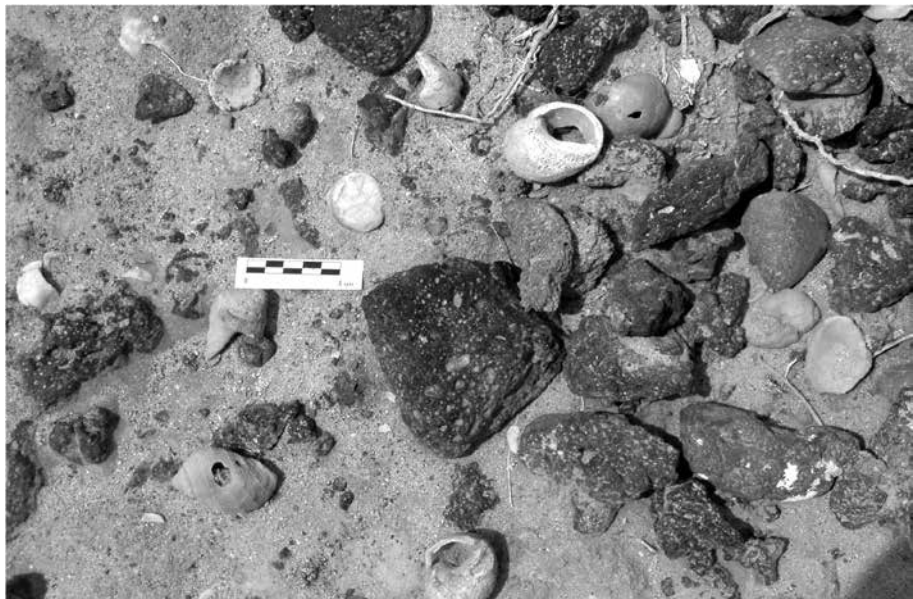


Figura 4. Restos de *Purpura haemastoma* repartidos por la playa del islote de La Graciosa. Foto: A. Mederos Martín.



Figura 5. Islote de Mogador desde la playa de Esauira (Marruecos). Foto: N. Villaverde Vega.



Figura 6. Enclaves cartagineses del Estrecho de Gibraltar. ss. V-III a de C. Vista vía satélite de la embocadura del Estrecho desde la vertiente mediterránea. Fondo: Internet. Diseño: Noé Villaverde Vega. Procesamiento informático: C. Benito Mateo.

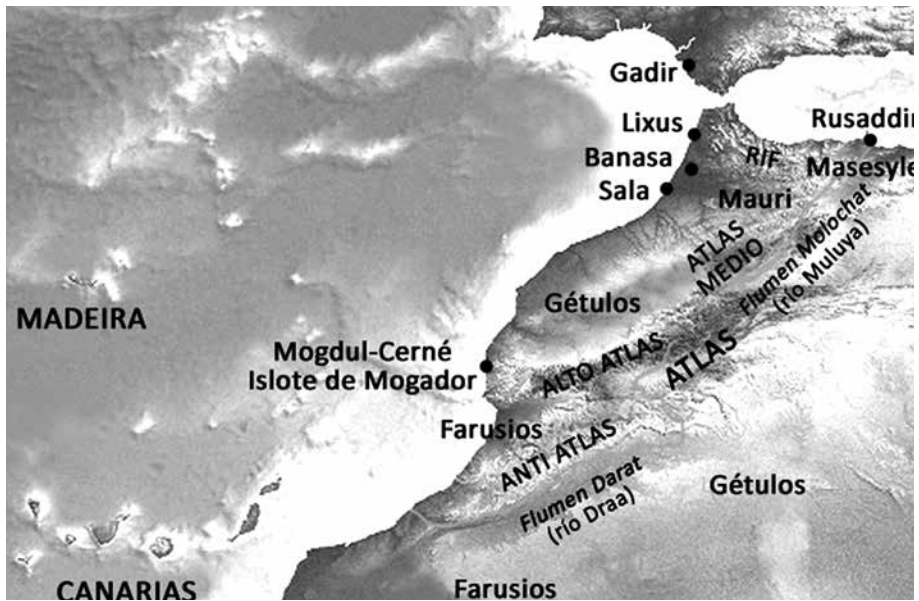


Figura 7. Costa atlántica de la Mauritania occidental durante el periodo de hegemonía cartaginesa. ss. V-III a. de C. Trayecto del curso de los ríos Draa y Muluya. Fondo: Internet. Diseño: N. Villaverde Vega. Procesamiento informático: C. Benito Mateo.



Figura 8. Restos de un horo alfarero en el yacimiento de Quas (Arcila, Marruecos). Foto: N. Villaverde Vega.



Figura 9. Vista panorámica del sitio arqueológico de Banasa (Kenitra, Marruecos). Foto: N. Villaverde Vega.

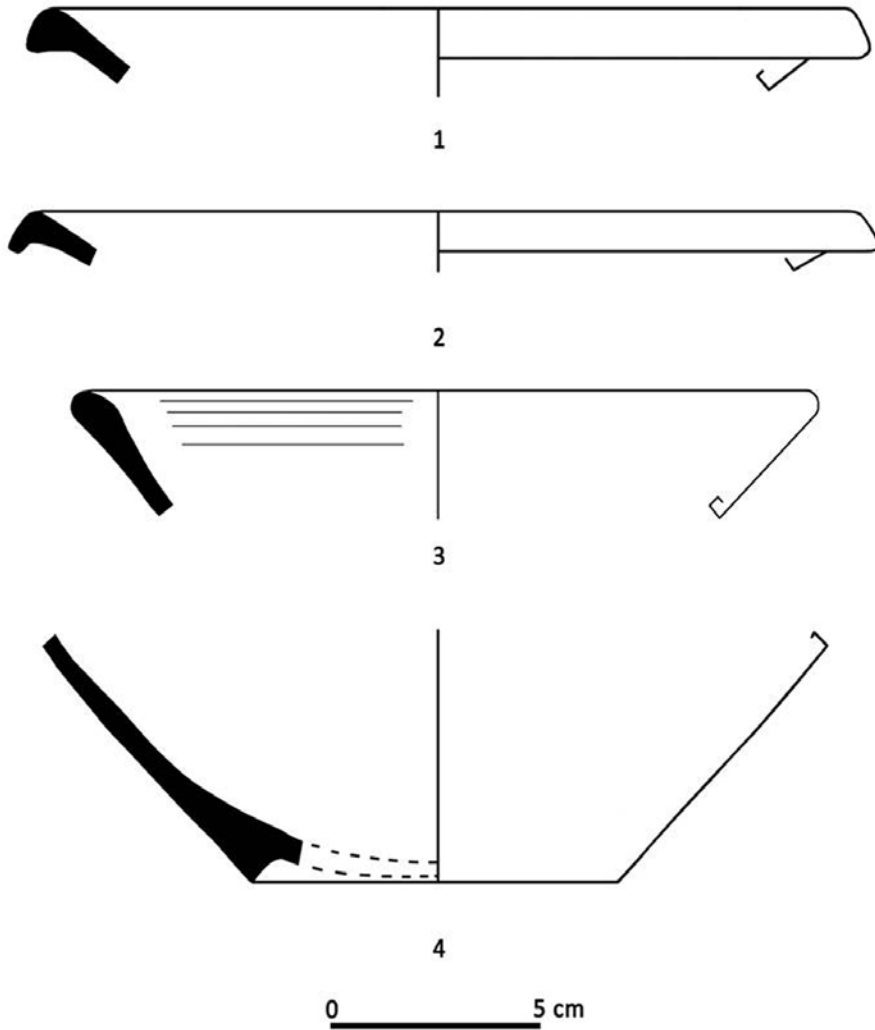


Lámina I. Vajilla de Rosita del Vicario (Fuerteventura). 1. Borde de plato. 2. Borde de plato. 3. Borde de fuente. 4. Base de fuente con pie de sección triangular. Diseño: N. Villaverde Vega. Tratamiento informático: O. A. Museos de Tenerife.

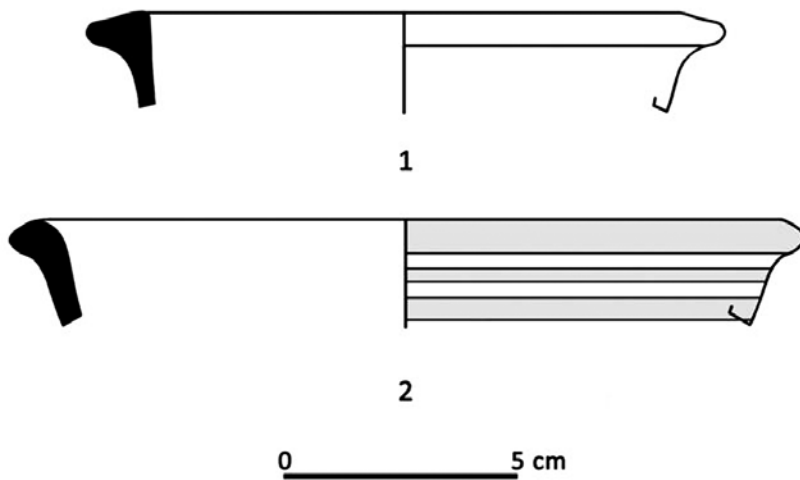


Lámina II. Vajilla de Rosita del Vicario (Fuerteventura). 1. Borde. 2. Borde decorado con bandas. Diseño: N. Villaverde Vega. Tratamiento informático: O. A. Museos de Tenerife.

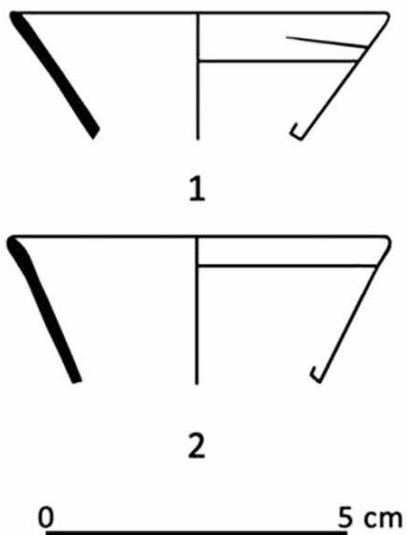


Lámina III. Vajilla de paredes finas de Rosita del Vicario (Fuerteventura). 1. Borde de ¿vaso a chardón? 2. Borde de ¿vaso a chardón? Diseño: N. Villaverde Vega. Tratamiento informático: O. A. Museos de Tenerife.

A hand-drawn outline of the letters 'S P E' in a stylized, blocky font. The letters are arranged horizontally and are drawn with simple black outlines on a white background.A hand-drawn outline of the word 'HESPERIA' in a stylized, blocky font. The letters are arranged horizontally and are drawn with simple black outlines on a white background.

Lámina IV. Sellos de la marca “Hesperia”, denominación de origen de un consorcio regional del “Círculo del Estrecho”. 1. Sello de Rusaddir en un fragmento atípico, posiblemente galbo de un ánfora. 2. Sello en el asa de un ánfora del “Círculo del Estrecho” tipo Beltran IIB localizada en Mogador. (N. Villaverde Vega, 2001: 549).

BIBLIOGRAFÍA

- AA. V.V. (2000), *Toponimia de Fuerteventura, II. Catálogo Toponímico de La Antigua*, Puerto del Rosario.
- A.A. V.V. (2003), *Toponimia de Fuerteventura, IV. Catálogo Toponímico de La Oliva*, Puerto del Rosario.
- ALBA CALZADO, M. A. (1996), “El bruñido en las producciones cerámicas tradicionales de Estremoz (Alemtejo) y Salvatierra de las Barras (Extremadura)”, *Congreso Internacional Luso-Español de la lengua y cultura de la Frontera*, Cáceres, 1-3 de diciembre de 1994, vol. 2, pp. 489-502.
- ALMAGRO BASCH, M. (1966), *Las estelas del suroeste peninsular*, Madrid.
- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1945), “Las islas Afortunadas en Plinio”, *Revista de Historia Canaria*, 69, pp. 26-61.
- AMORES CARREDANO, F. de; CHISVERT JIMÉNEZ, N., (1993), “Tipología de la Cerámica Bajomedieval y Moderna Sevillana (S. XV-XVI-II): I, La Loza Quebrada de Relleno de Bóvedas”, *Spal*, pp. 269-325.
- ARCO AGUILAR, M.^a C. del (1984), *Recursos vegetales en la Prehistoria de Canarias*, Tenerife.
- ARCO AGUILAR, M.^a C. del (1985), “Excavaciones en la Cueva de Don Gaspar (Icod de los Vinos, Tenerife)”, *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 20, pp. 257-377.
- ARCO AGUILAR, M.^a C. del (1987), “En torno a la cinofagia y el consumo de felinos en la Prehistoria de Tenerife”, *Gaceta de Daute*, III, pp. 77-83.
- ARCO AGUILAR, M.^a C. del; GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, C.; ARCO AGUILAR, M.^a M. del; ATIÉNZAR ARMAS, E.; ARCO AGUILAR, M.^a J.; ROSARIO ADRIÁN, C. (2000A), “El menceyato de Icod en el poblamiento de Tenerife: D. Gaspar, Las Palomas y Los Guanches. Sobre el poblamiento y las estrategias de alimentación vegetal entre los guanches”, *Eres (Arqueología)*, 9, pp. 67-129.
- ARCO AGUILAR, M.^a C. del; GONZÁLEZ ANTÓN, R.; BALBÍN BEHRMAN, R. de; BUENO RAMÍREZ, P; ROSARIO ADRIÁN, M.^a C.; ARCO AGUILAR, M.^a M. del; GONZÁLEZ GINOVÉS, L. (2000B), “Tanit en Canarias”, *Eres (Arqueología)*, 9, pp. 43-65.

- ARCO AGUILAR, M.^a C. del; GONZÁLEZ ANTÓN, R.; ROSARIO ADRIÁN, M.^a C.; ARCO AGUILAR, M.^a M. del (2006), “El lugar arqueológico de Butihondo”, *Eres (Arqueología/Bioantropología)*, 14, pp. 23-38.
- ARTEAGA MATUTE, O. (1994), “La liga púnico-gaditana. Aproximación a una visión histórica occidental, para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa en el mundo Mediterráneo”, *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos, VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnicas de Ibiza*, Ibiza, 1993 [Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza, 33], pp. 23-57.
- ARTEAGA MATUTE, O. (2001), “La emergencia de la ‘polis’ en el mundo púnico occidental”, *Protohistoria de la Península Ibérica*, [Ariel Prehistoria], pp. 217-281.
- ATOCHE PEÑA, P. (2002), “La colonización del archipiélago canario: un proceso mediterráneo”, *World Islands in Prehistory, BAR International Series* 1095, pp. 337-354.
- ATOCHE PEÑA, P. (2003), “Fenómenos de intensificación económica y degradación medioambiental en la protohistoria canaria”, *Zephyrus*, 56, pp. 183-206.
- ATOCHE PEÑA, P. (2006), “Canarias en la fase romana (circa s. I a.n.e. al s. III d.n.e.): los hallazgos arqueológicos”, *Almogaren*, XXXVII, pp. 27-59.
- ATOCHE PEÑA, P. (2009), “Estratigrafías, cronologías absolutas y periodización cultural de la protohistoria de Lanzarote”, *Zephyrus*, 63, pp. 105-136.
- ATOCHE PEÑA, P. ; MARTÍN CULEBRAS, J. (1996), “Canarias en la expansión fenicio-púnica por el África Atlántica”, *II Congreso de Arqueología Peninsular*, Zamora, septiembre de 1996, [Alcalá de Henares, 1999], tomo III, pp. 485-500.
- ATOCHE PEÑA, P.; RAMÍREZ RODRÍGUEZ, M.^a A. (2011), “Nuevas dataciones radiocarbónicas para la protohistoria canaria: el yacimiento de Buenavista (Lanzarote)”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 57, pp. 139-169.
- ATOCHE PEÑA, P.; PAZ PERALTA J. A.; RAMÍREZ RODRÍGUEZ, M.^a A.; ORTIZ PALOMAR, M.^a E. (1995), *Evidencias arqueológicas del mundo romano en Lanzarote, (Islas Canarias)*, Arrecife.

- ATOCHE PEÑA, P.; RAMÍREZ RODRÍGUEZ, M.^a A.; PÉREZ GONZÁLEZ, S.; TORRES PLAZA, J. D. (2010), “Segunda campaña de excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Buenavista (Teguise, Lanzarote): resultados preliminares”, *Canarias Arqueológica*, 18, pp. 1-24.
- BONET ROSADO, H.; FUMADÓ ORTEGA, I.; ARANEGUI GASCÓ, C.; VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J.; HASSINI, H.; KBIRI-ALAOU, M. (1995), “La ocupación mauritana”, en ARANEGUI GASCÓ, C. (Ed.), *Lixus-2 Ladera Sur. Excavaciones arqueológicas marroco-españolas en la colonia fenicia. Campañas 2000-2003, Saguntum*, Extra-6, Valencia.
- BONET ROSADO, H.; KBIRI-ALAOU, M.; VIVES-FERRÁNDIZ, J.; HASSINI, H. (2001), “La ocupación púnico-mauritana”, en ARANEGUI GASCÓ, C. (Ed.), *Lixus. Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Anotaciones sobre su ocupación medieval, Saguntum*, Extra-4, Valencia.
- BOUBE, J. (1959-1960), “Découvertes récentes à Sala Colonia (Chellah)”, *Bulletin des travaux historiques et scientifiques*, [1962], pp. 141-145.
- BOUBE, J. (1989), “La circulation monétaire à Sala à l’époque préromaine”, *Lixus*, Larache novembre 1989, Roma, [1992], pp. 254-265.
- CAMPS, G. (1980), *Les Berbères. Mémoire et identité*, París [2^o ed. 1987].
- CHALMETA GENDRÓN, P. (1994), *Invasión e islamización. La sumisión de Hispania y la formación de Al-Andalus*, Madrid.
- CHAUSA SÁEZ, A. (2004), “Nuevos datos sobre las deportaciones de indígenas norteafricanos a las islas Canarias en época romana”, *L’Africa romana XVI*, Rabat, 2004, [Roma, 2006], pp. 829-838.
- CHAVES TRISTÁN, F.; GARCÍA VARGAS, E. (1991), “Reflexiones en torno al área comercial de Gades: estudio numismático y económico”, *Gerión, Anejo III, Alimenta, Homenaje al Dr. Michel Ponsich*, pp. 139-168.
- CALERO CARRETERO, J. A. (2009), “El museo de alfarería de Salvatierra de los Barros: un factor de recuperación de la artesanía del barro extremeño-alemtejana”, *Revista de Estudios Extremeños*, tomo LXI, nº I, pp. 75-100.
- CALLEGARIN, L. (2002), “Considérations sur le périple sertorien dans la zone du détroit de Gibraltar (81-78 av. J. C.)”, *Pallas*, 60, pp. 11-43.

- COLTELLONI-TRANNOY, M. (1997), *Le royaume de Maurétanie sous Juba II et Ptoloméé*, París.
- CORZO SÁNCHEZ, R. (1998), “El drago de Cádiz en un bronce samio del siglo VIII a. C.”, *Laboratorio de Arte*, 1998, pp. 27-50.
- COSTA RIBAS, B. (2004) “Indígenes i colons en la protohistòria tardana de les Illes” en A.A.V.V. *Historia de les Illes Balears*, vol. I, edicions-62, Barcelona, pp. 188-247.
- DESANGES, J. (1989), “Sources littéraires antiques sur Lixus”, *Lixus*, Larache, noviembre 1989, París [1992], pp. 405-409.
- DESJACQUES, J; KOEBERLÉ, P. (1955), “Mogador et les îles purpuraires”, *Hesperis*, 42, pp. 199-202.
- DOLÇ DOLÇ, M. (1953), *Hispania y Marcial. Contribución al conocimiento de la España antigua*, Barcelona.
- EL KHAYARI, A.; HASSINI, H.; KBIRI-AALAOUI, M. (1998), “Les amphores phéniciennes et puniques de Mogador”, *1^e Journées Nationales d'archéologie et du patrimoine, Rabat 1998, II. Archéologie préislamique*, Rabat [2001], pp. 64-73.
- FARRUJIA DE LA ROSA, J. (2004), “Roma y las islas Canarias: la leyenda de las lenguas cortadas y el poblamiento insular”, *L'Africa romana*, XVI, Rabat 2004, [Roma 2006], pp. 839-856.
- FERRER ALBELDA, E. (1998), “Suplemento al mapa paleoetnológico de la península Ibérica: los púnicos en Iberia”, *Rivista di studi Fenici*, XXVI, 1, pp. 31-54.
- FERRER ALBELDA, E. (2004), “Los púnicos de Occidente y el Atlántico”, *Insulae Fortunatae. Canarias y el Mediterráneo*, Santa Cruz de Tenerife, pp. 39-47.
- GALAND, L. (1990), “¿Es el beréber la clave para el canario?”, *Eres (Arqueología)*, pp. 87-93.
- GALAND, L. (2001), “Prólogo”, en SPRINGER BUNK, R. A. *La escritura líbico-bereber en Canarias*, (2^o ed. 2003), Tenerife.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1945), *España y los españoles hace dos mil años. Según la “Geografía” de Strabón*, Madrid [Reed. 1983].
- GARCÍA BELLIDO, A. (1947), *La España del siglo primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*, Madrid, [Reed. 1982].

- GARCÍA BELLIDO, A. (1953), *La Península Ibérica en los comienzos de su historia*, Madrid.
- GARCÍA-TALavera CASAÑAS, F. (2003), “Depósitos marinos fosilíferos del Holoceno de La Graciosa (Islas Canarias) que incluyen restos arqueológicos”, *Revista de la Academia Canaria de Ciencias*, 14, pp. 19-35.
- GILES PACHECO, F.; GUTIÉRREZ LÓPEZ, J. M.; LAGÓSTENA BARRIOS, L.; LÓPEZ AMADOR, J. J.; DE LUCAS ALMEIDA, J. M.; PÉREZ FERNÁNDEZ, E.; RUIZ GIL, J. A. (1997), *Aportaciones al proceso histórico de la ciudad de El Puerto de Santa María. La intervención arqueológica en la Plaza de Isaac Peral*, Puerto de Santa María.
- GIRARD, S. (1984), “Banasa préromaine. Un état de la question”, *Antiquités Africaines*, 20, pp. 11-93.
- GONZÁLEZ ANTÓN, R.; DE BALBÍN, R.; BUENO, P.; DEL ARCO AGUILAR, M.^a C. (1995), *La piedra Zanata*, Tenerife.
- GONZÁLEZ ANTÓN, R.; DEL ARCO AGUILAR, M.^a C.; DE BALBÍN BERHMANN, R.; BUENO RAMÍREZ, P. (1998), “El poblamiento de un archipiélago atlántico: Canarias en el proceso colonizador del primer milenio a. C.”, *Eres (Arqueología)*, 8 (1), pp. 43-100.
- GONZÁLEZ ANTÓN, R.; DEL ARCO AGUILAR, M.^a C.; GONZÁLEZ GINOVÉS, L.; ROSARIO ADRIÁN, M.^a C.; DEL ARCO AGUILAR, M.^a M. (2003), “Estudio crítico sobre las inscripciones alfabéticas canarias. Desde el pasado inoperante al futuro por hacer”, *Eres, Arqueología/Bioantropología*, 11, pp. 17-40.
- GONZÁLEZ ANTÓN, R.; DEL ARCO AGUILAR, M.^a C. (2007), *Los enamorados de la Osa Menor. Navegación y pesca en la protohistoria de Canarias*, Tenerife.
- GONZÁLEZ ANTÓN, R.; DEL ARCO AGUILAR, M.^a C. (2009), “Navegaciones exploratorias en Canarias a finales del II milenio a. C. e inicios del primero. El cordón litoral de La Graciosa (Lanzarote)”, *Canarias Arqueológica*, 17, Anejo I, pp. 9-80.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (2001), “Comercio, colonización e interacción cultural en el Mediterráneo antiguo y su entorno. Ensayo de aproximación metodológica”, *Colonos y comerciantes en el Occidente Mediterráneo*, Almería, pp. 13-56.

- GOSDEN, C. (2004), *Archaeology and Colonialism. Cultural Contact from 5000 BC to the Present, Cambridge*. (Ed. española. *Arqueología y colonialismo. El contacto cultural desde 5000 a. C. hasta el presente*, Barcelona, 2008).
- GOZALBES CRAVIOTO, E. (1987), “Carteia y la región de Ceuta. Contribución al estudio de las relaciones entre ambas orillas del Estrecho en la antigüedad clásica”, *I Congreso internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta noviembre 1987, Madrid, [1988], pp. 1047-1067.
- GRAU ALMERO, I. E.; PÉREZ JORDÀ, G.; IBORRA ERES, M.^a P.; RODRIGO GARCÍA, M.^a J.; RODRÍGUEZ SANTANA, C. G.; CARRASCO PORRAS, M.^a S. (2001), “Gestión de recursos y economía”, en ARNEGUI GASCÓ, C. (Ed.), *Lixus. Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Anotaciones sobre su ocupación medieval, Saguntum*, Extra-4, Valencia.
- HABIBI, M. (1998), “L’époque dite ‘punique’ au Maroc”, *1^e Journées Nationales d’archéologie et du patrimoine, Rabat 1998, II. Archéologie préislamique*, Rabat [2001], pp. 74-84.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; SÁNCHEZ, D. (1990), “Informe sobre las excavaciones arqueológicas en la Cueva de Villaverde (Fuerteventura)”, *Investigaciones arqueológicas en Canarias*, II, pp. 79-92.
- HUSS, W. (1990), *Los cartagineses*, [Ed. española, 1993].
- IBÁÑEZ ROBLEDO, E. (1944), *Diccionario español-rifeño*, Madrid.
- JIMÉNEZ GONZÁLEZ, J. J. (2005), *La génesis de los canarios desde el mundo antiguo*, Santa Cruz de Tenerife.
- JODIN, A. (1966), “Décors ibériques sur des tessons peints de Banasa”, *Bulletin d’archéologie marocaine*, 6, pp. 499-503.
- LAGÓSTENA BARRIOS, L. (2001), *La producción de salsas y conservas de pescado en la Hispania Romana (II a. C.-VI d. C.)*, Barcelona.
- LÓPEZ PARDO, F. (1987), *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*, Madrid.
- LÓPEZ PARDO, F. (1989), “Reflexiones sobre el origen de Lixus y su delubrum Herculis en el contexto de la empresa comercial fenicia”, *Lixus*, Larache, noviembre 1989, [Roma, 1992], pp. 85-101.
- LÓPEZ PARDO, F. (2009), “La isla Planasia de Statius Sebosus: elementos para la discusión”, *Canarias Arqueológica*, 17, pp. 53-78.

- LÓPEZ PARDO, F.; MEDEROS MARTÍN, A. (2008), *La factoría fenicia de la isla de Mogador y los pueblos del Atlas*, Santa Cruz de Tenerife.
- LÓPEZ PARDO, F.; SUÁREZ PADILLA, J. (2002), “Traslados de población entre el norte de África y el sur de la Península Ibérica en los contextos coloniales fenicio y púnico”, *Gerión*, 20, pp. 113-152.
- LUQUET, A. (1964), “La céramique préromaine de Banasa”, *Bulletin d’archéologie Marocaine*, 5, pp. 117-144.
- MANGAS MANJARRÉS, J. (1987), “Iuba II de Mauritania, magistrado y patrono de ciudades hispanas”, *I Congreso internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta, noviembre 1987, Madrid, [1988], pp. 731-740.
- MARION, J. (1967), “Note sur la contribution de la numismatique à la connaissance de la Maurétanie tingitane”, *Antiquités Africaines*, 1, pp. 99-118.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (2005), *La mitología. Todo sobre Canarias*, Tenerife.
- MEDEROS MARTÍN, A.; ESCRIBANO COBO, G. (2002A), *Fenicios, púnicos y romanos. Descubrimiento y poblamiento de las Islas Canarias*, Madrid.
- MEDEROS MARTÍN, A.; ESCRIBANO COBO, G. (2002B), “Las islas Afortunadas de Juba II. Púnicos-gaditanos y romano-mauretanos en Canarias”, *Gerión*, 20, pp. 315-358.
- MEDEROS MARTÍN, A.; ESCRIBANO COBO, G. (2006), “Mare purpureum. Producción y comercio de la púrpura en el litoral atlántico norteafricano”, *Rivista di Studi Fenici*, XXXIV, 1, pp. 71-96.
- MEDEROS MARTÍN, A.; RUIZ CABRERO, L. A. (2004-2005), “Un Atlántico mediterráneo. Fenicios en el litoral portugués y gallego”, *Byrsa*, 1-4, pp. 351-409.
- MOLINER, M. (1998), *Diccionario de uso del español, tomo I, A-H, tomo II, I-Z*, Madrid, 1998 [2ª ed. 2002].
- MUÑOZ JIMÉNEZ, R. (1994), *La piedra Zanata y el mundo mágico de los guanches*, Santa Cruz de Tenerife.
- NIVEAU DE VILLEDARY MARIÑAS, A. M. (2004), “La aportación de la cultura material a la delimitación del ‘Círculo del Estrecho’: la vajilla helenística de ‘tipo Kuass’”, *Los Fenicios y el Atlántico*, Santa Cruz de Tenerife 2004, [Madrid, 2009], pp. 259-296.

- NIVEAU DE VILLEDARY MARIÑAS, A. M. (2006), “Banquetes rituales en la necrópolis púnica de Gadir”, *Gerión*, 24, nº 1, pp. 35-64.
- PAIS PAIS, J. (1996). “La economía de producción en la Prehistoria de la isla de La Palma. La Ganadería”, *Estudios Prehispánicos*, 3, Santa Cruz de Tenerife.
- PELLICER CATALÁN, M. (1971-1972), “Elementos culturales de la prehistoria canaria, (ensayo sobre orígenes y cronologías de las culturas)”, *Revista de Historia Canaria*, 34 (169), pp. 47-72.
- PELLICER CATALÁN, M. (1975), “Elementos culturales de la prehistoria canaria, (ensayo sobre orígenes y cronología de las culturas)”, *Miscelánea Arqueológica, II, XXV Aniversario de los Cursos de Ampurias (1947-1971)*, Barcelona, pp. 145-161.
- PELLICER CATALÁN, M. (1986), “Prehistoria del Archipiélago Canario”, *Historia de España I, Prehistoria*, ed. Gredos, Madrid, pp. 533-545.
- PONSICH, M., “Pérennité de relations dans le circuit du Détroit de Gibraltar”, *Ausstieg und Niedergang der römischen Welt*, 2, 3, pp. 655-684.
- REBUFFAT, R. (1995), “L’investiture des chefs de tribus africaines”, *La noblesse romaine et les chefs barbares du IIIe au VIIe siècle*, París, pp. 23-33.
- RIBICHINI, S. (2000), “Al servizio di Astarte. Ierodulia e postituzione sacra, nei culti fenici e púnicos”, *El mundo púnico: religión, antropología y cultura material, II Congreso Internacional del Mundo Púnico*, Cartagena, 2000, *Estudios Orientales*, 5-6, [Murcia, 2004], pp. 55-68.
- SANTANA SANTANA, A. (2003), “Consideraciones en torno al medio natural canario anterior a la conquista”, *Eres (Arqueología/Bioantropología)*, 11, pp. 61-76.
- SANTANA SANTANA, A.; ARCOS PEREIRA, T. (2003-2007), “La expedición de Juba II a las Islas Afortunadas y el meridiano cero del Orbis Terrarum”, *Orbis terrarum: Internationale Zeitschrift für Historische Geographie del Alten Welt*, 9, pp. 143-158.
- SANTANA SANTANA, A.; ARCOS PEREIRA, T. (2004), “Canarias en la Historia Naturalis de Plinio el Viejo”, *Fortunatae Insulae. Canarias y el Mediterráneo*, Santa Cruz de Tenerife, pp. 73-82.
- SANTANA SANTANA, A.; ARCOS PEREIRA, T. (2006), “Las dos islas Hespérides atlánticas (Lanzarote y Fuerteventura, Islas Canarias, España) durante la antigüedad: del mito a la realidad”, *Gerión*, 24, nº 1, pp. 85-110.

- SANTANA SANTANA, A.; ARCOS PEREIRA, T.; ATOCHE PEÑA, P.; MARTÍN CULEBRAS, J. (2002), *El conocimiento geográfico de la costa noroccidental de África en Plinio: la posición de Canarias*, Hildesheim-Zurich-Nueva York.
- SARRIONADÍA LINAZA, P. (1905), *Gramática de la Lengua Rifeña*, Tánger.
- SPRINGER BUNK, R. A. (2001), *La escritura líbico-bereber en Canarias*, (2ª ed. 2003), Tenerife.
- TARRADELL MATEU, M. (1956), “El poblamiento antiguo del valle del río Martín”, *Tamuda*, 4, pp. 247-274.
- TARRADELL MATEU, M. (1959), *Lixus, historia de una ciudad. Guía de las ruinas y de la sección de Lixus del Museo Arquelógico de Tetuán*, Tetuán.
- TARRADELL MATEU, M. (1960), *Marruecos púnico*, Tetuán.
- TEJERA GASPAS, A. (2000), “Los dragos de Cádiz y la falsa púrpura de los fenicios”, *El mundo púnico: religión, antropología y cultura material, II Congreso Internacional del Mundo Púnico*, Cartagena, 2000, *Estudios Orientales*, 5-6 [Murcia, 2004], pp. 369-375.
- TEJERA GASPAS, A.; CHÁVEZ ÁLVAREZ, M. E. (2004), “La púrpura getúlica de la Mauritania Tingitana”, *Purpureae Vestes. Textiles y tintes del Mediterráneo en época romana*, Valencia, pp. 237-240.
- TEJERA GASPAS, A.; CHÁVEZ ÁLVAREZ, M. E.; MONTESDEOCA, M. (2006), *Canarias y el África antigua*, Tenerife.
- TILMATINE, M. (2007), “Los diccionarios español-rifeño y rifeño-español: su posición en la investigación amazige y algunas advertencias para su utilización” en P. H. SARRIONADÍA LINAZA, E.; IBÁÑEZ ROBLEDO, *Diccionarios español-rifeño. 1944, rifeño-español, 1949*, [Reed. 2007], Barcelona.
- TORRES ORTIZ, M. (1999), *Sociedad y mundo funerario en Tartesos*, Madrid.
- VILLAVERDE VEGA, N. (1990), “Comercio marítimo y crisis del siglo III en el ‘Círculo del Estrecho’: sus repercusiones en la provincia romana de Mauritania Tingitana”, *Actes du 115eme Congrès Nationale des Sociétés Savantes, Avignon, 1990, Ve Colloque sur l’histoire et l’archéologie de l’Afrique du Nord, C.T.H.S.*, [Paris, 1992], pp. 333-347.

- VILLAVERDE VEGA, N. (1993), “A propósito de unos pasadores en forma de ‘T’ iberorromanos, localizados en Carteia (San Roque, Cádiz) y en Septem Fratres (Ceuta)”, *Espacio, Tiempo y Forma, Hª Antigua*, Serie II, 6, pp. 399-418.
- VILLAVERDE VEGA, N. (1997), “Sobre la decadencia económica y urbana de Gades en el contexto político del siglo III”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Hª Antigua*, 10, Madrid, pp. 403-414.
- VILLAVERDE VEGA, N. (2001), *Tingitana en la antigüedad tardía (siglos III-VII). Autoctonía y romanidad en el Extremo Occidente Mediterráneo*, Madrid.
- VILLAVERDE VEGA, N. (2002), “Nuevos datos arqueológicos de Russadir (Melilla): un santuario de Astarté-Venus Marina en Plaza de Armas”, *L’Africa romana XV*, Tozeur 2002, [Roma, 2004], pp. 1837-1876.
- VILLAVERDE VEGA, N. (2005), “Ludi en Mauretania Tingitana: orígenes, influjos y persistencias”, *Ceuta, de la Prehistoria al fin del mundo clásico, V Jornadas de Historia de Ceuta*, pp. 107-146.
- VILLAVERDE VEGA, N. (2008), “El reino vándalo-africano y la persistencia mercantil del Estrecho Septegaditano (mitad s. V- primer tercio s. VI)”, *Madridier Mitteilungen*, 49, Madrid, pp. 425-450.
- ZEHACKER, H. (1999), *Pline l’Ancien, Histoire naturelle*, París.

AUTORES CLÁSICOS

- AVIENO, *De Ora marítima* = Ed. CALDERÓN FELICES, J.; MORENO FERRERO, I. (2001). *Rufo Festo Avieno. Fenómenos. Descripción del orbe terrestre. Costas marinas*, Madrid.
- ESTRABÓN, *Geografía* = Ed. GARCÍA BELLIDO, A. (1945), *España y los españoles hace dos mil años. Según la “Geografía” de Strabón*, Madrid [Reed. 1983].
- EZEQUIEL = Ed. SAVOCA, G. (1992), *Guía espiritual del Antiguo Testamento. El libro de Ezequiel*, Barcelona-Madrid.
- PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural* = Ed. GARCÍA BELLIDO, A. (1947), *La España del siglo primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*, Madrid, [Reed. 1982] ; ZEHACKER, Hubert (1999), *Pline l’Ancien, Histoire naturelle*, París.

- PLUTARCO, *Vida de Sertorio* = Ed. AGUILAR, R. M^a; PÉREZ VILATELA, L. (2004), *Vidas de Sertorio y Pompeyo*, Madrid.
- POMPONIO MELA, *Chorografía* = Ed. GARCÍA BELLIDO, A. (1947), *La España del siglo primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*, Madrid, [Reed. 1982].
- VELEYO PATÉRCULO, *Historia Romana* = Ed. SÁNCHEZ MANZANO, M.^a A., *Veleyo Patérculo, Cayo, Historia Romana*, (2000), Madrid.